

LA COLINA DEL SUICIDIO

LA XV BRIGADA INTERNACIONAL EN LA BATALLA DEL JARAMA

Severiano Montero Barrado

ÍNDICE

1ª PARTE. LA BATALLA DEL JARAMA

1. La Batalla de Madrid: el fracaso del ataque directo
2. Las operaciones de flanqueo: la carretera de La Coruña
3. La ayuda italiana y alemana
4. El ejército republicano y la ayuda internacional
5. La Batalla del Jarama

2ª PARTE. TESTIMONIOS DE LOS MIEMBROS DE LA XV BRIGADA INTERNACIONAL

1. Llegada del Batallón Británico al campo de batalla
2. El Batallón 6 de Febrero
3. El Batallón Dimitrov
4. El Batallón Británico resiste. La Colina del Suicidio
5. El Batallón Lincoln contraataca

LA COLINA DEL SUICIDIO

INTRODUCCIÓN

La Batalla del Jarama se produjo entre el 6 y el 27 de febrero de 1937. Fue el resultado de una ofensiva franquista para cortar las comunicaciones del Madrid sitiado con el resto de la zona republicana. Las fuerzas de Franco debían cortar la carretera de Valencia por Arganda y avanzar hasta Alcalá de Henares, en la carretera de Barcelona. La primera fase de la operación consistía en llegar a la línea del río Jarama, objetivo que alcanzaron en cuatro días. En la segunda fase tenían que tomar las poblaciones de Arganda y Morata del Tajuña pero no lo consiguieron.

El mando republicano, consciente de la importancia de mantener abiertas las comunicaciones de Madrid, dispuso las fuerzas necesarias para hacer fracasar la operación y lo logró. Envío a todas las Brigadas disponibles que, desde el día 15, se reagruparon en cuatro divisiones bajo el mando del general Miaja, Jefe del Ejército de Madrid. La reorganización de estas fuerzas facilitó su éxito y desbarató los planes del Alto Mando franquista.

Dentro del conjunto de estas fuerzas republicanas destacó la actuación de cuatro Brigadas Internacionales: la XI, la XII, la XIV y la XV. Méritos similares son atribuibles a otras unidades españolas, pero los observadores de ambos bandos reconocen que el punto más alto de la contribución militar de las BI se alcanzó en el Jarama. Allí se convirtieron en leyenda.

La XV Brigada Internacional fue situada a la derecha e izquierda de la carretera de San Martín de la Vega a Morata, en la zona central del altiplano que separa los valles del Jarama y del Tajuña. Allí se produjo el choque entre las vanguardias de moros y legionarios y los interbrigadistas. De entre aquellas lomas, colinas y cotas que jalonan el altiplano destaca una: la "Colina del Suicidio".

La bautizaron así los miembros del Batallón Británico ya que en su primer día de combate perdieron casi dos terceras partes de sus efectivos. Allí murió gente muy valiosa cuyo sacrificio sirvió para detener el avance fascista. Durante cuatro días del 12 al 15 de febrero, las tropas de Franco pugnaron por abrirse paso hacia Arganda y Morata de Tajuña. No lo consiguieron gracias a la brava resistencia y al alto espíritu de sacrificio de aquellos hombres.

Unos 1200 quedaron enterrados en los campos de batalla o en los cementerios de aquella zona. Hoy en día pequeños Memoriales (en Morata, Arganda y Rivas) recuerdan aquella gesta. Pero queda todavía mucho por hacer para dejar constancia y testimonio del valor de aquellos voluntarios.

En la primera parte de este folleto se expone, en grandes líneas, lo que fue y representó la Batalla del Jarama dentro del contexto de la Batalla de Madrid iniciada en noviembre de 1936. En la segunda parte se recogen narraciones escritas, en su mayor parte, por protagonistas de aquellos combates pertenecientes a los cuatro batallones internacionales de la XV BI. Con estos testimonios se puede tener una visión más vívida y de primera mano de cómo fueron aquellas acciones. Se dedica una atención especial al batallón británico, ya que este folleto forma parte del homenaje que se le dispensa el 22 de febrero en la Colina del Suicidio.

El motivo de este homenaje es doble: estará con nosotros un brigadista irlandés, Bob Doyle, que presenta sus Memorias en el Ayuntamiento de Rivas Vaciamadrid. Por otro lado se celebra el 66º aniversario de aquella batalla y es bueno recordar a la opinión pública y a los responsables políticos que el recuerdo de aquellos hechos debe ser permanente para evitar los males que toda forma de fascismo lleva consigo. Por eso es necesario convertir a la Colina del Suicidio en un "Lugar de la Memoria", una lectura y tratamiento del pasado en el que otros países nos sacan una buena ventaja. Nuestra iniciativa se sitúa en esa perspectiva y pretende ser un acicate para la creación del proyectado Parque Histórico de la Batalla del Jarama.

Madrid 20 de febrero de 2003.

1ª PARTE

LA BATALLA DEL JARAMA

1. LA BATALLA DE MADRID: EL FRACASO DEL ATAQUE DIRECTO.

Febrero de 1937. La guerra proseguía en España desde hacía 7 meses y retumbaba con fuerza en Madrid, que aguantaba un feroz asalto desde el mes de noviembre. El ataque directo por la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria había fracasado, ataque protagonizado por el Ejército de África, compuesto principalmente por moros y legionarios. Los moros habían llegado al máximo punto de penetración: el Hospital Clínico en la Ciudad Universitaria. Madrid resistía estos envites y los zarpazos de la aviación italo-alemana que bombardeaba sin piedad una ciudad abierta, al igual que hacía la artillería situada en la Casa de Campo y en el Cerro Rojo (Cerro de los Ángeles).

El general Mola estaba furioso. Había pronosticado a los enviados de la prensa mundial que "pasado mañana (por el 10 de noviembre) estaré tomando mi café en la Puerta del Sol". Pero los días pasaban y los camareros de la madrileña plaza seguían reservando con sorna una mesa y una taza de café a un Mola que no aparecía. El general había marcado su futuro: la avioneta que capotó el 3 de mayo de 1937 en los Montes de Oca, junto al puerto de la Brújula, le ayudó a borrar un fracaso que, acaso, había convenido a los planes personalistas de Franco.(1)

No menos furioso andaba este pequeño general. A finales de septiembre había logrado erigirse en "Caudillo" de todas las fuerzas militares y políticas sublevadas, pero su sueño de conquistar Madrid se había truncado. O acaso no. Quizá necesitaba este fracaso para consolidar su poder y así eliminar mejor a sus enemigos. Su "honor" militar estaba en entredicho, sobre todo ante sus amigos italianos y alemanes y, por ello, inventó un mito: Madrid no cayó entonces debido a la ayuda soviética y a las Brigadas Internacionales. No podía aceptar que, siendo cierta esta ayuda, los factores más importantes de su fracaso habían sido el renovado espíritu de resistencia del pueblo madrileño y el retraso en el avance sobre Madrid que Franco mismo había provocado al desviar sus tropas para "liberar" el Alcázar de Toledo.(2)

2. LAS OPERACIONES DE FLANQUEO: LA CARRETERA DE LA CORUÑA

A principios de diciembre Franco varió de táctica e inició los ataques por los flancos: trató de cortar las comunicaciones de la capital para cercarla. Comenzó atacando por el oeste: había que alcanzar la carretera de la Coruña entre Las Rozas y la capital y avanzar por el enorme espacio abierto del Monte del Pardo hasta llegar a la carretera de Burgos. Así la ciudad quedaría aislada de las posiciones republicanas en la Sierra del Guadarrama. Luego había que hacer la misma operación por la carretera de Valencia para cerrar el cerco sobre Madrid. Todo eso requería tiempo, material bélico y soldados. Hitler y Mussolini le prometieron la ayuda necesaria. Con esos presupuestos, Franco reinició la ofensiva a principios de diciembre. Dos meses tardó el ejército rebelde en alcanzar y controlar los ocho kilómetros que separan la localidad de Las Rozas del Puente de San Fernando, sobre el Manzanares. Los avances costaban cada vez más hombres y las tropas republicanas combatían cada vez mejor, ¡y en campo abierto! No se parecían nada a aquellas milicias que habían sido derrotadas en Talavera y Navalcarnero. Franco tardó en percatarse de que, al calor de aquellos combates en Madrid, estaba naciendo el nuevo Ejército Popular de la República. Era más fácil echarle la culpa, como Felipe II, a los elementos; en este caso no al mar sino a la niebla. (3)

Ante este fracaso ante las colinas del Monte del Pardo, Franco decidió probar por el sureste: había que cortar la carretera de Valencia y llegar a Alcalá de Henares, ya sobre la carretera de Barcelona. Tenía prisa. Sus amigos italianos y alemanes le estaban enviando material. Encargó el trabajo a la División Reforzada de Madrid, nutrida por los veteranos del Ejército de Marruecos y complementada con las tropas que se estaban adiestrando con toda rapidez, y bajo el asesoramiento técnico alemán, en Cáceres y en otras bases.

3. LA AYUDA ITALIANA Y ALEMANA

Franco contó desde el principio de la guerra con la ayuda de Hitler y Mussolini. La República quedó bien pronto huérfana merced a la política de no intervención diseñada por Inglaterra y Francia. Era la traducción al caso español de la política general de • apaciguamiento frente a las potencias fascistas que, lejos de disolver la amenaza de guerra, la aceleró. (4) A mediados de octubre de 1936 ambas potencias ya habían librado a Franco 141 aviones y un importante número de carros de combate, artillería, armas ligeras y municiones. Un mes más tarde, el 21 de noviembre, Hitler y Mussolini dieron su reconocimiento a la Junta Militar de Franco a pesar del fracaso cosechado por éste en Madrid. Sus aliados no confiaban en sus cualidades. Los informes que remitía al ministro italiano de Asuntos Exteriores, el conde Ciano, su secretario personal, Filippo Anfuso, no le dejaban en buen lugar y recomendaban "reeducarle" y proporcionarle generales más capaces.

Por su parte, el embajador alemán, el general Von Faupel, transmitía a principios de diciembre el siguiente mensaje a su ministro de Asuntos Exteriores, Constantin Von Neurath: "Aunque Franco es un soldado de bravura, su formación y experiencia no están a la altura que requiere la dirección de la guerra en España. Su éxito en las primeras semanas se debió a que las tropas marroquíes no encontraron adversarios de su talla y a la desorganización militar del bando rojo. Pero la situación ha cambiado". (5) Hitler decidió en noviembre el envío de la Legión Cóndor, unidad aérea que disfrutaría de una relativa autonomía dentro de los planes estratégicos rebeldes o nacionales. Además aumentó la dotación de personal y material bélico terrestre (artillería y asesores de Alto Estado Mayor y de instrucción) y marítimo. Unos 5000 alemanes pasarían por estas unidades de diferentes armas en España, lo que proporcionó un entrenamiento muy valioso a un ejército que se estaba preparando para la gran guerra europea.

Mussolini estaba celoso con los alemanes. Quería dejar bien claro la superioridad de las armas italianas después de la "gloriosa" conquista de Abisinia. El 6 de diciembre decidió aumentar las remesas de material y preparar un ejército expedicionario que adoptaría el nombre de Corpo di Truppe Volontarie (CTV). Los primeros 4.000 soldados desembarcaron en Cádiz el 22 de diciembre. En febrero ya había 48.823 italianos bajo el mando del general Roatta. A pesar de esta competencia, que alimentaban los chismorreos y las bromas en la retaguardia nacional, Roma y Berlín estaban de acuerdo en apoyar a Franco y tenían prisa por abastecerle: el plan de control propuesto por Inglaterra en el Comité de Londres para la aplicación de la política de no intervención podía entrar en vigor en pocas semanas. Pero seguían desconfiando de la competencia militar de Franco: por ello no cejaron hasta conseguir la constitución, a finales de enero de 1937, de un Estado Mayor Conjunto integrado por oficiales españoles, italianos y alemanes.

El CTV entró en acción por primera vez el 3 de febrero participando en la ofensiva sobre Málaga, ciudad que cayó cuatro días más tarde. El triunfo enardeció a Mussolini, que quería enseñar a Franco a ganar la guerra de forma rápida. Así dio instrucciones a su representante, el coronel Faldella, para que visitara a Franco en su Cuartel General de Salamanca el 13 de febrero y le comunicara su plan: atacar desde Teruel sobre la costa mediterránea y dividir en dos la zona republicana. El efecto, según él, sería demoledor. Franco se opuso: una "guerra relámpago" dejaría al país "infestado" de enemigos mientras que él prefería una conquista sistemática que facilitara la "limpieza" de esos territorios. Argumentaba, además, que el orgullo español no

aceptaría que la liberación de España viniera de manos extranjeras. El 13 de febrero las tropas rebeldes estaban en plena ofensiva sobre el Jarama y Franco aún creía en la victoria. Una semana más tarde cambió de opinión: los republicanos estaban poniendo en serios apuros a esas tropas y necesitaba la colaboración italiana. Les propuso, como alternativa, una acción desde Sigüenza sobre Guadalajara que aliviara la situación comprometida en el Jarama y completara el cerco de Madrid.

4. EL EJÉRCITO REPUBLICANO Y LA AYUDA INTERNACIONAL

A principios de 1937 se habían dado pasos muy importantes en la formación del nuevo Ejército Popular. El 18 de octubre se formaron las seis primeras Brigadas Mixtas, tipo de unidad escogida como embrión del nuevo ejército. Las antiguas columnas y batallones de Milicias fueron integrándose paulatinamente en estas unidades de manera que, en la primavera de 1937, ya había 153 Brigadas formadas en el territorio del centro y del sur. (6) Estas Brigadas fueron encuadrándose en Divisiones de las cuales, a finales de 1936, ya había ocho constituidas en el frente de Madrid; las tres primeras formaron el I Cuerpo de Ejército el día 31 de diciembre. Estos avances organizativos se hicieron al calor de los combates en la defensa de Madrid y de sus alrededores, lo que dio una mayor consistencia al Ejército Popular y a sus tropas que aumentaron su confianza y eficacia.

Otro factor que aumentó la moral combativa del bando republicano fue la ayuda internacional. Después del abandono sufrido por sus aliados naturales, la República tuvo que acudir a cualquier estado o entidad que permitiera su aprovisionamiento legítimo de armas. México primero y después la Unión Soviética atendieron a las peticiones republicanas. La URSS había admitido, en principio, la política de no intervención en la confianza de que, sin ayuda exterior, Franco no podía alcanzar la victoria. Pero Italia y Alemania, signatarias del Acuerdo de no intervención, lo estaban convirtiendo en papel mojado y en una "farsa", ante el silencio cómplice de Francia e Inglaterra. La URSS denunció esta situación y amenazó con ayudar a la República si no se cortaban los envíos fascistas de material de guerra. Ante la inhibición ostensible del Comité de Londres, Stalin decidió el abastecimiento de aviones, carros de combate y todo tipo de armas al ejército de la República. Todo esto le llegó en el momento decisivo, contribuyendo a la defensa de Madrid y al fracaso de las operaciones lanzadas por Franco hasta marzo de 1937.

Dentro de esta ayuda internacional fue también importante la formación de las Brigadas Internacionales. Desde el principio de la guerra habían venido a España miles de voluntarios que se enrolaron indistintamente en columnas nacionales o internacionales. En septiembre de 1936 la Internacional Comunista decidió encauzar estas iniciativas individuales mediante la creación de canales de reclutamiento, de envío e instrucción de los voluntarios y la formación de las Brigadas Internacionales. Una vez autorizadas por el Gobierno de Largo Caballero, se inició su organización en Albacete: desde el 14 de octubre comenzaron a afluir centenares de voluntarios que fueron distribuidos preferentemente en pueblos del norte de esa provincia: Madrigueras, Tarazona de la Mancha, La Roda, Pozorrubio, etc. La plana dirigente, compuesta por André Marty, Luigi Longo, Nicoletti, Zaisser y otros, dispuso los servicios centrales en la capital.

El 22 de octubre se constituyeron los cuatro primeros batallones, tres de los cuales - el Thaelman, el Dombrowski y el Franco-belga - formaron la XI Brigada Internacional. Ésta recibió la orden de acudir a Madrid el 5 de noviembre, llegando a la capital dos días más tarde. El domingo día 8, poco antes del mediodía, estos batallones desfilaron por la Gran Vía y otras calles de Madrid con un marcial orden de marcha. La gente los aplaudía con fervor y, equivocada, gritaba: ¡Vivan los rusos! El impacto fue grande y contribuyó a elevar la moral de resistencia de los madrileños. Ahora ya no se veían fatalmente solos: había mucha gente de todo el mundo que venía a ayudarles. Tras esta primera brigada se fueron formando la XII, la XIII, la XIV, la XV y la CXXIX Brigadas Internacionales. Existieron también algunos batallones de infantería y otras unidades repartidas en diferentes servicios del Ejército Popular.

La XI y la XII BI combatieron en Madrid desde noviembre hasta febrero de 1937. La XIII fue destinada en diciembre de 1936 a Teruel, a Motril en febrero y al Jarama en abril de 1937. La XIV combatió en Andalucía en diciembre y enero y fue enviada al Jarama en febrero. En resumen, cuatro brigadas internacionales participaron en la batalla del Jarama; en ella alcanzaron su mayor renombre por la aportación decisiva al desbaratamiento de la ofensiva franquista.

5. LA BATALLA DEL JARAMA.

5. 1. El inicio de las operaciones: 6-10 de febrero.

Al fracasar las ofensivas de diciembre y enero Franco decidió operar por el sureste de Madrid con el doble objetivo de controlar la carretera de Valencia y cortar los suministros de la capital. El operativo implicaba avanzar por campo abierto hasta Arganda y Morata de Tajuña para, a través de Loeches y Camporreal, llegar a Alcalá de Henares. La línea de arranque se situaba en la carretera de Andalucía, entre Getafe y Seseña; allí fueron acumulándose desde mediados de enero las diferentes unidades que iban a protagonizar la acción. Esta debería comenzar en la última semana de enero, pero las lluvias lo impidieron.

La ejecución correspondió a la División Reforzada de Madrid, dirigida por el general Orgaz y compuesta por cinco grandes Brigadas y unos efectivos de 18.648 soldados encuadrados en "28 unidades de infantería muy seleccionadas... Efectivos de alta calidad combativa, casi todos veteranos y curtidos en las más duras luchas habidas hasta entonces; pero además persuadidos de que en el Jarama se iba a decidir la suerte de Madrid". (7) En realidad los efectivos aumentaron sobre la marcha, aunque fueron insuficientes. Se ofreció al mando italiano participar en la operación, pero éste rechazó la oferta por considerar que iban a estar a las órdenes de los oficiales alemanes que habían contribuido a diseñarla. Operaron, en cambio, tropas alemanas agrupadas en dos batallones de ametralladoras pesadas que vestían el uniforme de la Legión, dos compañías de carros, una batería del famoso cañón antiaéreo de 88 mm y varios grupos de cañones antitanques.

A la par que el mando rebelde planeaba esta operación, el mando republicano tenía el proyecto inverso: atacar desde el frente de la carretera de Andalucía en dirección a Navalcarnero, Móstoles y Brunete con el fin de cortar el entrante franquista de Madrid. Pero en este caso los preparativos iban más retrasados, lo cual actuó al principio de forma desalentadora, aunque, en un segundo tiempo, permitió movilizar las reservas con mayor celeridad. La línea defensiva era muy débil: "Tres batallones de 350 a 400 hombres ocupaban un frente de 16 km., de La Marañosa a San Martín de la Vega... en un estado paupérrimo de organización, armamento, medios de defensa y fortificaciones".(8)

Un día antes del ataque principal la V Brigada de García Escámez se lanzó sobre Ciempozuelos, sorprediendo a la XVIII Brigada republicana que perdió unos 1300 hombres. El 6 de febrero se rompió definitivamente el frente: la I Brigada dirigida por Rada avanzó desde Pinto sobre La Marañosa; la II Brigada de Sáenz de Buruaga tomó Gózquez de Arriba y la IV dirigida por Asensio Cabanillas avanzó sobre San Martín de la Vega sin tomarlo.

Frente a estas brigadas bien nutridas y pertrechadas había tan sólo dos brigadas incompletas: la XLVIII a la derecha y la XVIII a la izquierda, en Ciempozuelos. Juntas no llegaban a reunir 3.000 hombres. Fueron desbordados por la contundencia del ataque franquista que, en los dos días siguientes, adelantaron las posiciones hasta ocupar la línea del Jarama y el vértice Coberteras y el Espolón de la Marañosa, desde los cuales batían cinco kilómetros de la carretera de Valencia cortando el tránsito por ella.

El mando republicano no tenía clara la principal dirección del ataque franquista: inicialmente pensó en un ataque por el lindero este de la ciudad, lo que le llevó a acumular más tropas en la línea del Manzanares, de Villaverde a Vaciamadrid, frente a cargo de la 4ª División dirigida por Modesto. Se destinó a la XIX brigada a cubrir ese primer sector, mientras que la XXIII fue enviada al sector del Jarama. También se puso en estado de alerta a la XI, la XII y la XV BI. Ésta no había terminado su preparación pero urgía mandarla al frente a donde partió el 7 de febrero. La XII, que se recomponía en el Cuartel de Artillería de Vicálvaro, fue enviada a la estación de Montarco (actualmente junto a las urbanizaciones de Rivas) para finalmente ser situada junto al puente de Arganda. La XI BI tuvo que partir de Murcia rumbo a Morata de Tajuña donde esperó las órdenes para entrar en liza, cosa que ocurrió el 12 de febrero. Cuando el mando republicano se percató de que el avance franquista iba a encaminarse más al este, por el Jarama, creó la Agrupación de Arganda, a cargo del coronel Mena, con las brigadas preexistentes y otras añadidas.

5.2. El paso del Jarama y el avance sobre la meseta de Morata. 11-15 de febrero.

En la madrugada del 11 un eficaz golpe de mano del Tabor de regulares de Ifni permitió tomar el puente de Pindoque, perteneciente al ferrocarril de vía estrecha que conducía a la azucarera de La Poveda. Rápidamente atravesaron las tropas de la III Brigada de Barrón que, en un ataque impetuoso, ascendieron a las colinas del vértice Pajares, a la derecha de la carretera a Morata. Al día siguiente la Brigada de Asensio repitió la acción en el puente sobre el Jarama de la carretera de San Martín de la Vega a Morata, enviando a unas vanguardias a ocupar rápidamente el Pingarrón. Barrón intentó también ocupar el puente de Arganda, en la carretera de Valencia, pero lo impidió una reacción del batallón Garibaldi. La XII BI y los tanques republicanos que dirigía el general Paulov mostraron a Barrón que el avance por el valle era inviable. En esta tesitura, el mando franquista decidió avanzar hacia Arganda por la línea de Morata y Perales de Tajuña para lo cual tenía que ocupar y dominar el altiplano o meseta que separa al valle del Tajuña del valle del Jarama.

El coronel Mena, responsable de la Agrupación Arganda, distribuyó lo mejor que pudo las escasas fuerzas de que disponía o que apresuradamente iban llegando. Entre éstas últimas hay que mencionar a la XI BI, que se situó en torno al alto de la Radio, a la altura del Km. 5 de la carretera del puente de Arganda a Morata, y la XV BI, que se envió a taponar el avance por la carretera de San Martín de la Vega a Morata. Estas Brigadas junto con la I, la V y la XVII Brigadas españolas cumplieron su cometido de frenar el avance franquista. Durante los días 12 al 15 de febrero las vanguardias de Barrón, Sáenz de Buruaga y Asensio intentaron perforar el frente y llegar hasta Morata como primer paso hacia Loeches y Alcalá de Henares, pero fueron parados en seco. A partir del 17 las tropas republicanas pasaron a la contraofensiva intentado provocar el repliegue fascista y eliminar así la cabeza de puente. Hasta el 27 de febrero esto se tradujo en un feroz forcejeo de poder a poder que terminó en tablas. Las fuerzas de Franco no avanzaron más pero se mantuvieron en la línea alcanzada el 15 de febrero.

5.3. La XV Brigada Internacional en acción.

La XV BI había comenzado a formarse a principios de enero. Estaba dirigida por el general Gal, un comunista de origen húngaro, y formada por dos batallones españoles - el 21 y el 24 - y cuatro batallones internacionales: el Británico el Seis de febrero (franco- belga), el Dimitrov (con voluntarios de los países balcánicos) y el Abraham Lincoln (de mayoría norteamericana y con grupos de sudamericanos, canadienses e irlandeses). El 7 de enero salió de Madrigueras (Albacete) rumbo a Chinchón. El 11 recibió la orden de tomar posiciones en el altiplano de Morata. A la mañana siguiente marcharon temprano hasta el cruce de la carretera de Chinchón-Morata. Los camiones llevaron a los voluntarios hasta el Parador de Frascuelo, una venta-restaurante situado medio kilómetro antes del cruce (9) donde tomaron pan y café y llenaron sus cantimploras. El general Gal dispuso el siguiente orden de combate: los batallones debían subir al altiplano para, inmediatamente después, bajar al valle del Jarama; todavía no sabían que las

tropas de Asensio habían tomado el Puente de San Martín y avanzaban impetuosamente en sentido contrario hacia el altiplano.

2a PARTE

TESTIMONIOS DE LOS MIEMBROS DE LA XV BRIGADA INTERNACIONAL

La mayoría de los siguientes textos están tomados del "Libro de la XV Brigada". Esta publicación fue elaborada por los propios miembros de esta unidad. El responsable de la edición y coordinador de todos los trabajos fue Frank Ryan, un periodista y republicano irlandés que había luchado por la independencia de Irlanda en los dramáticos años de 1916- 1923. Fundó en 1934, junto con otros, el Congreso Republicano Irlandés una escisión del IRA con un carácter más socialista y obrero. Se convirtió en el líder de los cerca de dos cientos republicanos que vinieron a España a defender la República asediada por el fascismo. Durante la guerra combatió en el frente e hizo también labores de organización en la retaguardia de Albacete o Madrid. El "Libro de la XV Brigada" fue editado por el Comisariado General de las Brigadas Internacionales que dirigía Luigi Longo desde su sede en la calle Velázquez 63, saliendo a la luz en febrero de 1938. El libro lleva un prólogo de Frank Ryan. Éste, una vez que terminó su trabajo, partió inmediatamente para el frente amenazado de Aragón. Allí se reintegró en el batallón británico el día 30 de marzo, pero al día siguiente fue capturado tras una emboscada tendida por las tropas italianas de las Flechas Negras. Enviado al campo de concentración de San Pedro de Cardeña, fue condenado a muerte. Su sentencia fue conmutada gracias a la presión irlandesa e internacional.

1. LLEGADA DEL BATALLÓN BRITÁNICO AL CAMPO DE BATALLA

Tom Wintringham, Jefe del Batallón Británico. (10)

Rabia y miedo era lo que dominaba la mente del oficial que mandaba el Batallón Británico cuando vio a sus tres compañías trepar a las crestas situadas al sureste de Madrid. Habían sobrepasado sus órdenes y estaban fuera de su control directo. Había conseguido que comenzaran la marcha hacia el frente con una formación correcta, manteniendo la mitad de sus fuerzas muy por detrás de las secciones en vanguardia, en la reserva. Se había dado cuenta de que eran capaces de correr hacia lo desconocido y esperaba que las órdenes que les había dado les capacitaran para enfrentarse a cualquier peligro con el que se encontraran. De pronto, todo se echó a perder: las tres compañías se han juntado mezclándose en una posición que no había planeado. No tenía medios para comunicar rápidamente con ellos porque él se encontraba en la cresta que dominaba un valle y sus hombres estaban más lejos, sobre unas pendientes que dominaban el valle que ahora estaba siendo atacado...

Hasta ese momento todo había ido muy bien. El día anterior le habían comunicado la posición que su batallón debía tomar antes de entrar en acción. A pesar de las precipitadas preparaciones de última hora - los escasos cascos de acero que se iban a usar, las cantimploras, la limpieza de fusiles... - había conseguido una hora para acercarse a su posición y escoger el mejor sitio donde disponer la cocina y la intendencia del batallón en una granja enorme y laberíntica. (11) Se fue en el mismo camión de transporte del batallón que descargó allí mismo; se había llevado consigo a varios cocineros para que tuvieran preparada bebida caliente para los hombres nada más llegar, fuera de día o de noche. También se había llevado a los cartógrafos del batallón pero, lamentablemente, cuando estaban llegando la noche empezaba a cerrarse, por lo que tuvieron muy poco tiempo para echar un vistazo al terreno que se extendía al oeste de la granja, la zona donde iba a operar el batallón.

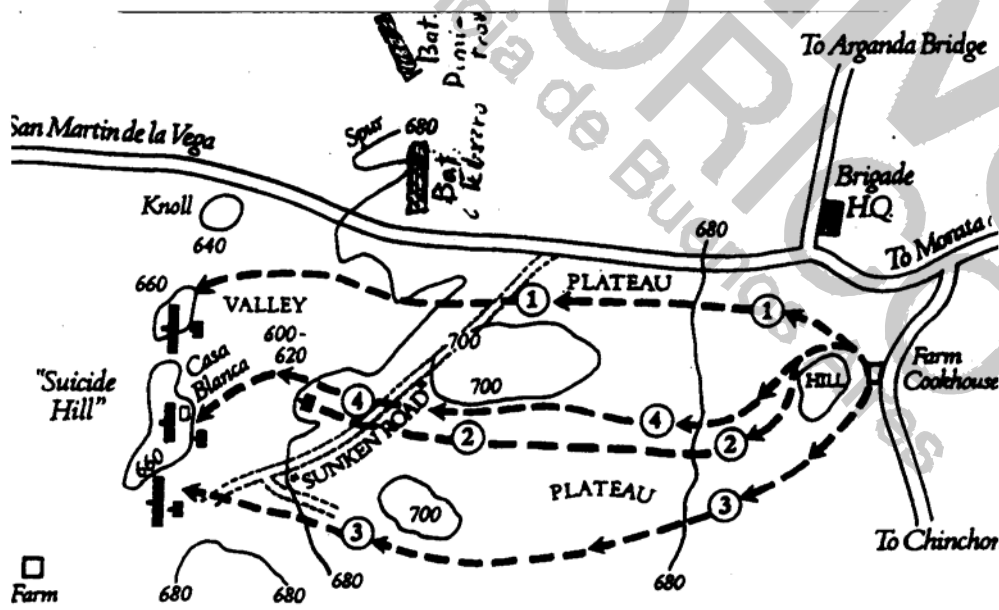
Aun con los exasperantes retrasos típicos de todo transporte, sus hombres llegaron a la granja a las siete de la mañana desde su campamento de Chinchón, distante unos 24 Km. Les habían hecho levantarse una hora antes de partir y no tuvieron que esperar más de una hora a los camiones. Las compañías fueron distribuidas alrededor de la granja, ocultas entre los olivos, y se

les dio un refrigerio. Luego se tomaron un descanso bajo el sol de la mañana. Cuando llegó el Jefe de la Brigada acompañado de su personal, sólo vio al Jefe del batallón y a algunos ordenanzas. "Pero ¿dónde están tus hombres?", preguntó. "A nuestro alrededor", contestó. El general Gal miró a su alrededor como sin creérselo y luego gruñó con satisfacción. El jefe del batallón dio un informe completo de su situación y mostró su disposición a entrar en acción. Enseguida comenzó un somero examen del terreno que se extendía hacia el oeste.

Hosco y ceñudo, Gal espetó: "Ahora mismo avanzáis en esta dirección", apuntando con su voluminoso dedo una línea marcada en el mapa con lápiz azul. El jefe del batallón no pudo ver la escala del mapa. Pidió un mapa, o por lo menos un croquis, para su uso y sólo recibió un gruñido por respuesta. Sobre aquel mapa se veían tres gruesas líneas de color azul. El voluminoso dedo se movió de la línea de la izquierda, que marcaba el batallón inglés, hasta la derecha: "Franco-belgas", dijo. Un oficial me dijo que este batallón ya había salido sin haber tomado café esa mañana. Lucharon todo el día con los estómagos vacíos. El dedo se movió a la línea central, mas corta que las otras, y dijo: "Dimitrov". Este batallón, compuesto de checos, austriacos italianos y balcánicos, se suponía que iba a ser la reserva de la brigada.

El mapa, uno anticuado donde las colinas no estaban marcadas con líneas de nivel sino con manchas de color marrón, estaba lleno de una especie de gusanitos marrones reptando. Estas colinas tenían pendientes más pronunciadas al sur de la carretera - los gusanitos estaban remarcados -, donde los ingleses iban a realizar su marcha. El jefe del batallón dio la orden de marcha a sus hombres.

¡Era perfecto! El batallón no se había movido de forma tan desenvuelta en sus maniobras. El jefe del batallón, deslizándose roca abajo sobre su trasero, dijo a un cartógrafo sudafricano que no había visto mejor cuerpo de ejército inglés sobre suelo español desde los tiempos de Wellington. El indisciplinado hombre de las colonias contestó como lo hacen los hombres de las colonias; pero el jefe del batallón entendió que había acuerdo en el fondo aunque no en la forma. En sólo cinco minutos todo cambió. Una figura delgada fumando en pipa y con bastón vino balanceándose colina abajo al otro lado de la carretera. Era George Nathan, jefe del estado mayor de la XV Brigada, al que se le podía identificar a una milla de distancia por sus andares, su porte, su bastón, su pipa, su chaqueta de oficial británico y por los pantalones bombachos de color claro y bien cortados. "Tu batallón se retrasa un tanto, Tom", dijo como si estuviéramos en un desfile o parada militar.



Movimiento de avance de las cuatro compañías del Bat. Británico

"Le he dicho a Conway que se dé prisa y se gire un poco hacia la izquierda. Le he dado un mensaje para que se lo pase a O. Mantenlos pendientes del flanco izquierdo, pero estate atento por si tienes que hacer girar a todo el batallón hacia la derecha. Parece que el combate principal se desarrolla hacia el norte, por allá", dijo moviendo su bastón y señalando los bosques más allá de la carretera, al noroeste de nuestra posición. Luego se fue andando pesadamente hacia la carretera, donde su coche le esperaba. A unos cien metros delante de su coche disparaban tres piezas de artillería ligera españolas. El jefe del batallón calculó que estaban bombardeando el puente sobre el río Jarama. Las líneas azules que había en el mapa del Coronel Gal convergían en ese puente. Recordó que el puente estaba en nuestras manos el día anterior. Las flechas del mapa de Gal y el fuego de artillería indicaban que lo habíamos perdido. ¿Y nuestra ofensiva? Era obvio que los fascistas se habían adelantado, que esta ofensiva, sobre la que se habían mantenido tan cautelosas conversaciones, se había convertido en un contraataque, o quizás en un movimiento defensivo... Con estos pensamientos en su cabeza, el jefe del batallón se apresuró tras sus hombres. El final de la meseta ya no era la tierra desnuda, estaba cubierta de olivos. Llegó hasta una carretera que discurría a un nivel inferior a la meseta...

2. EL BATALLÓN 6 DE FEBRERO (12)

La primera Brigada que entra en contacto con el enemigo será la XV. Es un encuentro duro con los Tabores de moros y las Banderas del Tercio de la Legión marchando en cabeza. Los nacionales avanzan en un frente de veinte kilómetros al este del Jarama. La XV progresa en sentido inverso hacia su encuentro. Los voluntarios, fusil en la mano, marchan entre olivos. Caen obuses pero no es nada importante. Al llegar a las crestas empieza lo más duro. El enemigo es superior y la guerra es su oficio, pero los internacionales tienen un valor no inferior, una gran fe y mucha moral. Se lanzan cantando La Internacional en diez idiomas. Los balcánicos del Dimitrov parten en punta de flecha; ante el choque, el enemigo se retira. Los franceses escalan las primeras cimas. Cubren con su fuego la carretera de San Martín de la Vega. Por la tarde del 12, el comandante del batallón 6 de Febrero, Gabriel Fort,(13) y el jefe del batallón Británico Tom Wintringham, han sido gravemente heridos. Por la noche no quedará ni un oficial sano de cada tres de la XV Brigada Internacional y ni un hombre de cada dos.

"En el frente de nuestra Brigada llueve hierro", escribe Honoré Galli, comisario del batallón 6 de Febrero. Caen los hombres. Ya no avanzamos. Las ametralladoras nos tienen bajo su fuego. Los nuestros se han detenido. Nosotros tenemos fusiles, los fascistas tienen cañones y municiones. Más lejos hay tres cañones ¿Por qué no disparan? Son cañones viejos, usados. En ese momento, tengo vergüenza de ser francés: los hombres caen aquí y nuestros cañones no funcionan. Hay muchos en la frontera. El Gobierno español los ha adquirido "Es la no intervención", se les ha dicho, ¡Bloqueo! La metralla cae sin parar. Gritos de dolor, llamadas de auxilio. Nada importa: ¡Bloqueo! ¡Francia! ¡Inglaterra! Los mejores de nuestros pueblos caen; la metralla es alemana, italiana, portuguesa, y vosotros nada. Nuestras llamadas son en vano. ¡Bloqueo!(14)

El batallón 6 de Febrero está en el centro de la XV; a su izquierda los británicos, aún más a la izquierda la brigada Lister", a su derecha el Dimitrov en contacto con el batallón Comuna de París de la XI Brigada. François Mazou se acuerda del primer combate: "Imposible olvidar el momento en que se experimenta la prueba de fuego. El adversario estaba persuadido del poder de sus golpes, tras los éxitos de los días anteriores. Habían franqueado el río y podían efectuar una marcha nocturna con vistas a instalar, en las alturas, la base estratégica de su siguiente ofensiva. Oíamos el zumbido lejano de los motores que iba creciendo, el chirrido de las cadenas de los tanques, el murmullo de voces que se hacían más sonoras. Comenzamos a distinguir siluetas y fusiles en bandolera balanceándose. Se acercaban. Les oía hablar. Se captaba el nivel sonoro de las órdenes y juramentos. Said me habló al oído: ¡Está claro que son moros! ¡Alá no acogerá en su paraíso a estos cerdos lacayos de Franco! Avanzaban. Se acercaban. Emil Schneinberg gritó: ¡Fuego! Las ráfagas de las tres Maxim y de las tres Togarev barrieron al muro humano. Muertos y supervivientes se aferraban al suelo. En dos intentos mas, demenciales, los valientes marroquíes

se lanzaron hacia nuestras posiciones. Se inició el combate de granadas y de cuerpo a cuerpo. Las dos oleadas fracasaron unos pocos metros delante de nuestras posiciones. Nuestras bajas eran importantes. Dos ametralladoras fuera de combate. Sólo la Maxim de mi amigo de Oloron, Antoine Sánchez, estaba intacta. Volvió a romperse un fuego violento, de lado y de frente. Estábamos siendo desbordados ¡Orden de retirada! A algunos metros Antoine se había desplomado sobre su máquina. Estaba muerto. Quise coger su cartera pero solo pude recoger su reloj de plata. (15)

El comandante Fort, herido desde el comienzo del combate mientras dirigía a su tropa al asalto de una granja organizada como punto de apoyo, cede su puesto al frente del 6 de Febrero a Emile Schneinberg.(16) Ha perdido una compañía, la 1ª, puesta a disposición del comandante español, que es sorprendida y destruida por completo: su jefe, el capitán Belloti está entre los muertos. Con las piernas arrancadas por la explosión de un obús, el voluntario Sauveur Frank grita: "¡Mamá!" "¡Esos cerdos me han alcanzado!" Muere unos instantes después. Tiene diecisiete años. La sección que manda Gaudefroy está situada en una altura que domina la carretera de San Martín de la Vega a la que tiene bajo fuego. Hacia las tres de la tarde, unos disparos laterales la hacen clavarse al suelo. Gaudefroy va de uno a otro, explica lo que cada cual debe hacer para que la sección tenga éxito en su maniobra. Los voluntarios han comprendido, la maniobra está bien ejecutada, la sección pierde un solo hombre; es el propio Gaudefroy, alcanzado en pleno pecho. Entonces, cuando los otros se inclinan para ver su herida, vuelve a abrir los ojos y murmura: "Tened cuidado, no os dejéis matar inútilmente". Se ha acabado. Gaudefroy muere allí mismo. En esta terrible jornada del 12 de febrero de 1937 la XV Brigada Internacional no ha vencido, no ha conseguido tan siquiera detener a un enemigo muy superior en técnica y en medios, pero con su sacrificio, ha frenado considerablemente su avance, le infringe importantes pérdidas, consigue ganar tiempo, permite que lleguen refuerzos. Trincheras del Jarama. Olivos de los valles y colinas pedregosas donde tantos han muerto... Treinta años después los supervivientes recordarían sobre todo el barro, la lluvia. Dirán: "Nos destripaban". Hablarán de ataques incesantes, de los dinamiteros asturianos que esperaban a los carros de combate, hundidos en el barro con sus bombas en la mano, una mecha enrollada a la cintura. Aquello ya no es un combate, es una carnicería. El 14, las olas de asalto caballería y carros caen sobre los internacionales. El jefe del Dimitrov Grebenarev, y del 6 de Febrero, Emile Schneinberg, mueren. Todos los días, hasta el 17 de febrero, cada batallón ataca y contraataca, tres veces, diez veces, por cien metros de terreno perdidos, retomados, vueltos a perder...

3. EL BATALLÓN DIMITROV

Por Laza Wovicky

Doce de febrero. Mediodía. Avanzamos hacia los olivos donde está el enemigo. En cuanto nos ven abren un violento fuego de ametralladoras. Nos desplegamos en formación de combate. Avanzamos unos trescientos metros sin hacer un solo disparo. Abrimos fuego a una distancia de doscientos metros de las líneas enemigas. Comienza una batalla fiera y sangrienta. Era nuestra primera batalla contra el Fascismo. La mayoría de nosotros estábamos ansiosos de encontrarnos de cerca con el enemigo. No sé cuanto duró esta primera batalla o cuanto tiempo pasó. Igual que muchos de mis compañeros, ésta fue la primera vez en mi vida que disparé un fusil. Cuando terminamos de avanzar los fascistas utilizaron más sus piernas que su fusil. Los perseguimos durante unos tres kilómetros, pero corrían más deprisa que nosotros. Tras ellos dejaron a un gran número de heridos sobre las pendientes que van a dar al río Jarama. Gritamos entusiasmados y cantamos La Internacional. Luego reanudamos el avance. Pero al otro lado del río nos esperaba un gran número de ametralladoras enemigas. Lanzaron contra nosotros sus tanques, y como no teníamos cañones antitanque, tuvimos que detener nuestro avance y replegamos unos cien metros hasta los olivos; allí nos parapetamos y esperamos. Los tanques enemigos se movían pesadamente delante de nosotros hasta que la falta de luz les obligó a cesar su fuego. Aquella noche dormimos muy mal. Es muy difícil conciliar el sueño sobre aquellos cerros en mitad de febrero y sin mantas. A media noche nos informaron de que nuestros tanques llegarían a las cinco de la mañana y que íbamos a avanzar con ellos. Esto nos levantó el ánimo de nuevo. Los tanques

fascistas ya no nos iban a tener a su merced. A las cuatro de la mañana nos despertaron los centinelas y nos dijeron que los fascistas estaban avanzando. El comandante del batallón ordenó emplazar las ametralladoras y desplegó la infantería. Mientras estábamos colocándonos, los fascistas se fueron acercando. Esperamos a que se acercaran y abrimos fuego furiosamente. Nuestra impetuosa resistencia les cogió por sorpresa y se retiraron dejando detrás de ellos muchos muertos y heridos. A las siete atacamos nosotros con los tanques. Les hicimos retroceder aproximadamente un kilómetro, pero al final tuvimos que retirarnos a nuestras posiciones. Nos disgustó tener que abandonar el terreno tan bien ganado, sobre todo porque nos habría sido muy útil en el siguiente ataque. Pero corríamos peligro de ser rodeados. La retirada fue muy ordenada gracias a nuestra artillería, que nos apoyó bombardeando las posiciones enemigas intensamente.

No habíamos tenido de comer ni beber en más de veinticuatro horas, pero ninguno hablaba de eso. No podíamos exigir que en la guerra se comiera a las horas estipuladas, como si estuviéramos en nuestras fábricas u oficinas. Al mediodía conseguimos algo de comida, pero teníamos poca munición. Antes de acabar nuestra escasa ración de comida nos ordenaron avanzar por el flanco izquierdo. Así lo hicimos y ocupamos una posición muy ventajosa sobre un pequeño cerro cubierto de olivos. Los tanques nos seguían detrás. La artillería enemiga nos bombardeaba y sus proyectiles caían en medio de nuestras posiciones aunque, de una forma extraña nos sentíamos seguros en este lugar. Ya nos habíamos acostumbrado al fuego de artillería. Pero de nuevo, los tanques enemigos comenzaron a avanzar hacia nosotros y ahora no teníamos más que nuestros fusiles para rechazarlos. Nos parapetamos lo mejor que pudimos y pude ver la rabia y la desesperación de muchos camaradas al disparar inútilmente sus balas contra la coraza de acero de estos monstruos en movimiento. Retrocedimos de nuevo unos cien metros pero, en cuanto los tanques se fueron, volvimos a ocupar nuestras posiciones. Tomamos las posiciones que estaban delante de nosotros a pesar de la lluvia de metralla. Los fascistas sufrieron muchas más bajas que nosotros. Debido a las dificultades de la batalla y a la inexperiencia de muchos de nosotros en los asuntos de la guerra, la comunicación con el comandante del batallón, el camarada Grebenarev, no funcionaba muy bien. Mirábamos hacia donde él estaba con especial atención y hacíamos todo lo que él hacía. Cuando se levantaba con su fusil en la mano derecha y gritaba: "Batallón Dimitrov ¡Adelante!, todo el batallón saltaba y avanzaba como un solo hombre expulsando a los fascistas apostados a nuestra derecha. Por la tarde comenzaron a atacar nuestras posiciones con fuego muy abundante. Volvieron a utilizar sus tanques y recibieron el refuerzo de tropas moras, lo que les hizo mas fuertes que nosotros. Bajo el mando del camarada Kobilak, nuestras ametralladoras dispararon con asombrosa puntería. Las bajas del enemigo fueron enormes. Cinco veces nos atacó el enemigo con tanques, cinco veces nos retiramos y cinco veces volvimos a recuperar nuestras posiciones.

Sin duda alguna este fue un día decisivo. Perdimos a muchos compañeros. No hay guerra sin víctimas. Entre los compañeros que perdimos aquel día estaba nuestro comandante, el camarada Grebenarev. Pero hicimos nuestro trabajo. Sin apenas entrenamiento militar y con un equipamiento muy deficiente luchamos por cada palmo de terreno. Todos los ataques fascistas se convirtieron en humo. No pasaron. Por la noche fuimos reemplazados por compañeros españoles, y al día siguiente permanecemos en segunda línea. El 15 de febrero, los fascistas atacaron con fuerza arrolladora a nuestro sector. Nos pusimos de acuerdo y acudimos rápidamente a ayudar a nuestros compañeros españoles para rechazar el ataque, y otra vez infligimos un terrible castigo a los fascistas antes de que pudieran retirarse a sus propias líneas.

La muerte de Grebenarev

C. Penchienattí

Yo debo operar siempre a la derecha mientras que el resto del batallón es tomado directamente por el capitán Grebenarev. Mientras me preparo para dar las órdenes soy reclamado por el capitán Grebenarev, que me habla en ruso y después en búlgaro, sin que yo pueda comprender una palabra porque el intérprete está lejos. Me abraza y después se marcha. Lo veo montar sobre la torreta del primer carro armado y darle órdenes. Pobre Grebenarev. Juntamente con su abrazo

son las últimas palabras que yo he oído de él y que me ha sido imposible comprender. Mientras tanto el carro se ha puesto en marcha y el resto del batallón le sigue, en tanto que nosotros, aún parados en la carretera, asistimos con cierta aprensión al inicio de la operación. El fuego enemigo es terrible, pero Grebenarev continúa erguido sin dejar de arengar a sus hombres, loco e inconsciente, pero sublime de heroísmo. Una ráfaga de ametralladora lo abate sobre el carro que maniobra con dificultad en el terreno, pero que finalmente consigue regresar a las líneas con el cadáver. Inútil sacrificio de sangre, a pesar del cual seguimos clavados en nuestras posiciones sin poder avanzar un solo paso, perdiendo sin embargo algunos hombres y dos carros; la compañía italiana se salva con sólo cuatro heridos. Suspendida la acción, al anochecer soy llamado al puesto de mando de la brigada, donde se me ordena asumir el mando del batallón en sustitución de Grebenarev, al cual dimos sepultura en el cementerio de Morata de Tajuña, donde hemos llegado para reorganizarnos.

4. EL BATALLÓN BRITÁNICO EN ACCIÓN

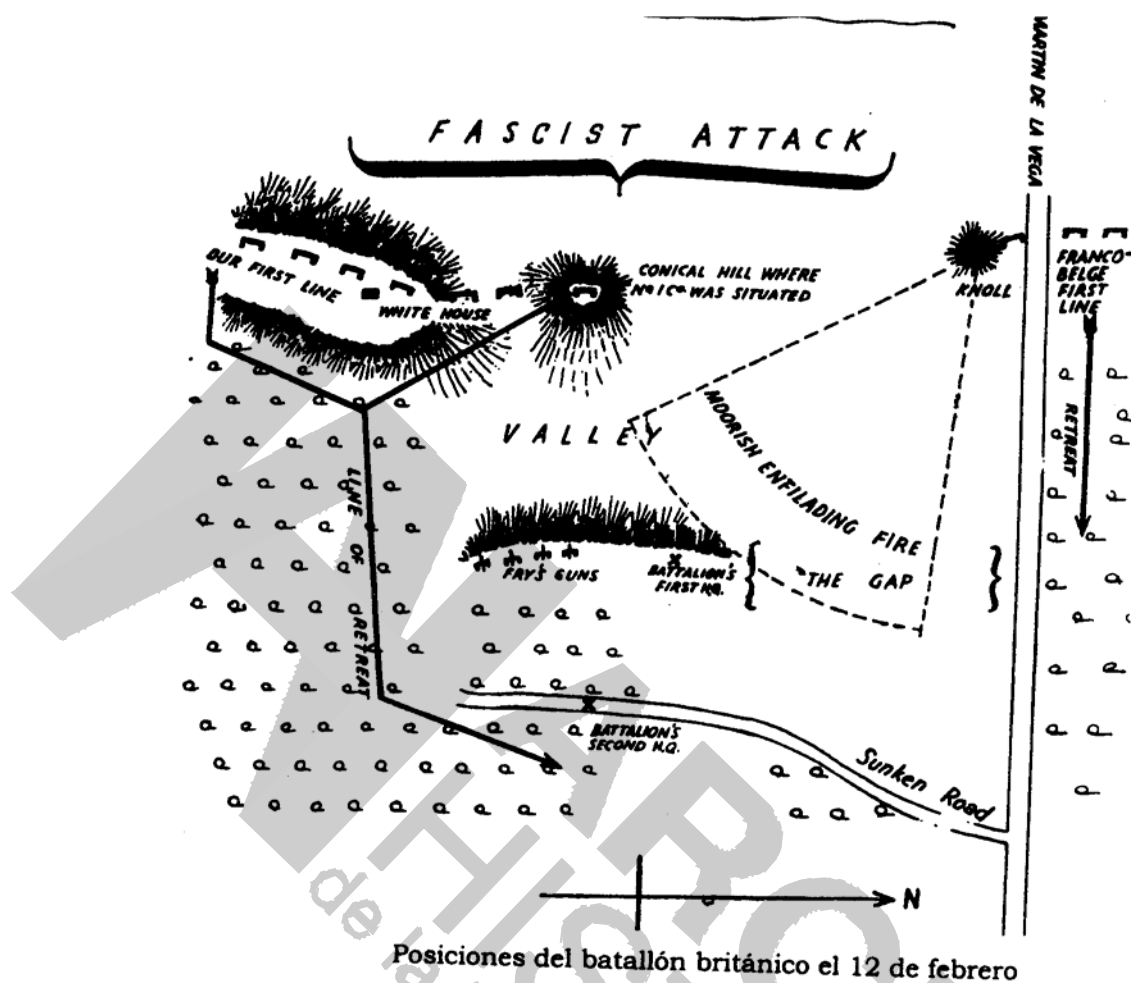
Narraciones de diversos miembros del Batallón

Primer día

En la mañana del 12 de febrero, partimos muy temprano de Chinchón en camiones. Sabíamos que el frente estaba cerca. El día anterior, mientras esperábamos órdenes, habíamos podido escuchar el estruendo de la artillería y el tableteo de las ametralladoras. De vez en cuando habíamos visto tanto a nuestros aviones como a los del enemigo. A las cinco y media de la mañana desmontamos cerca del punto donde la carretera de Morata a San Martín de la Vega se cruza con la de Chinchón a Madrid. Los cocineros ya habían ocupado una casa que está cerca del cruce, por lo que a partir de entonces sería conocida como "The Cookhouse" (la Cocina del Batallón). En aquella fría mañana de febrero fue muy bien recibido un café caliente. El capitán Tom Wintringham estaba al mando del batallón. George Aitken era el comisario. No disponíamos de mapas y teníamos poca información de lo que estaba sucediendo. Sabíamos que los fascistas habían avanzado en los seis días anteriores, que habían cruzado el río Jarama y que intentaban cortar la carretera de Madrid a Valencia. Suponíamos que en algún sitio, por delante de nosotros, tenía que haber una línea de frente. Creíamos que nosotros éramos tropas de reserva; pero de hecho, como pudimos comprobar horas más tarde, las tropas que habían estado en el frente antes que nosotros, habían sido barridas. Al final nos dimos cuenta de que la penetración fascista era, en realidad, una gran ofensiva.

A las diez de la mañana llegó un correo: "Ya vienen los fascistas", nos dijo. El batallón, que había estado guarnecido en un olivar, formó de inmediato y avanzó en dirección a San Martín de la Vega en compañías. Subimos empinadas pendientes cubiertas de aliagas, tomillo y salvia salpicadas con algunos olivares y viñedos. Al atravesar una pequeña vaguada oímos gritar: "¡Aviones!" Nos echamos de bruces y aguardamos. Tuvimos suerte; los aviones fascistas pasaron de largo sin vernos. Era un día de bastante calor y la subida fue fatigosa. Hicimos un alto y dejamos las mochilas en un sitio donde recogerlas más tarde. Proseguimos la marcha y, cuando ya casi habíamos alcanzado la cresta de las colinas, oímos de nuevo el grito: "¡Aviones!". Nada más ver aparecer a los aviones fascistas, pudimos ver cómo otra escuadrilla de aviones, esta vez nuestros, bajaban en picado a su encuentro. Dieciocho aviones intervinieron en aquel combate. Los hombres apretaban sus espaldas al suelo para poder contemplar la lucha que se desarrollaba sobre nuestras cabezas. Bajaban hasta casi tocar el suelo, volando ladeados; podíamos escuchar el viento silbando entre los cables y puntales de los aviones. A intervalos se oía el tableteo de las ametralladoras. Al poco tiempo vimos que un avión fascista se precipitaba en tierra con su cola envuelta en humo y en llamas. Poco después le siguió otro avión. Los que quedaban se retiraron, pero la persecución continuó sobre el territorio enemigo. Nuestros hombres reanudaron la marcha, ahora cantando. Alcanzamos la última cresta de la cadena de cerros y nos encontramos al borde de una amplia vaguada. A nuestra derecha, paralela al sentido de nuestro avance, se encontraba la carretera que iba a San Martín de la Vega. Al otro lado, a la derecha de la carretera, estaba el batallón franco-belga 6 de febrero, y más allá, el batallón Dimitrov. Veíamos a los

franco-belgas a través de los olivos, pero entre ellos y nosotros había una separación de unos quinientos metros. Colocamos la compañía de ametralladoras a la derecha de nuestra posición. Desde el primer momento, y durante los días que siguieron, este grupo dejó clara su importancia en el desarrollo de los acontecimientos. Detrás de nuestras posiciones y paralela al borde del cortado que dominaba la amplia vaguada, discurría un camino a cubierto de los tiros enemigos ("Sunken road"). En este camino se estableció el puesto de mando del batallón. Las compañías avanzaron sobre la cabecera de la vaguada: unas se instalaron a la derecha, sobre una colina avanzada (Conical hill), y otras a la izquierda, sobre una colina cubierta con árboles y coronada por una casa blanca con tejado de tejas rojas (White house hill). De esta manera comenzó el despliegue sobre el valle del Jarama, el río que discurría al fondo y que era el objetivo fijado para aquel día. Desconocíamos las fuerzas que estaban en nuestro flanco izquierdo, por eso nuestros hombres tenían instrucciones de vigilarlo con mucho cuidado. De pronto aparecieron los fascistas. Un batallón avanzaba directamente hacia la colina de la casa blanca. Detrás de él, se veía a otro aprestándose para el ataque. Los franco-belgas, a nuestra derecha, entablaron combate al mismo tiempo que nosotros. Nuestras compañías formaron rápidamente una línea de defensa. De haber tardado sólo diez minutos en ocupar las dos colinas los fascistas las habrían tomado y hubiesen salvado el último obstáculo importante entre ellos y la carretera de Madrid a Valencia. En nuestras posiciones había unos cuatrocientos hombres distribuidos en las compañías 1ª, 3ª y 4ª. La 2ª compañía era una compañía de ametralladoras que estaba en la cresta que dominaba la carretera del puesto de mando. Como no disponíamos de herramientas para hacer trincheras, muchos hombres tenían que arrodillarse o incluso permanecer de pie para hacer fuego desde aquellas pendientes pronunciadas. No teníamos ni una sola ametralladora ligera en la línea de frente y de las ametralladoras pesadas sólo una estaba lista para entrar en acción ese día. Quedaban otras ocho, que estaban siendo traídas a través de los campos desde las laderas de nuestra retaguardia. La dura marcha y el terreno escabroso habían causado un gran retraso aquella mañana. Cuando finalmente llegaron, vimos que había poca munición; el camión que tenía que traer las cajas se había perdido. Pero nos ocurrió un desastre aún peor: las cintas de munición enviadas estaban cargadas con balas de calibre distinto. Tuvimos que vaciarlas y volver a cargarlas a mano con balas apropiadas, todo ello bajo el fuego enemigo. Las armas que teníamos eran de un modelo antiguo utilizado en la Primera Guerra Mundial y necesitaban una munición especial. Otras unidades disponían de modelos más modernos que utilizaban balas normales de fusil: esta fue la causa de la chapuza de las cintas de ametralladora. Cuando las ametralladoras entraron en acción la tarde estaba ya muy avanzada: era demasiado tarde para salvar el día, pero al menos podíamos ganar algo de tiempo.



En resumen, desde la mañana hasta el anochecer se libró un desigual combate entre nuestros fusileros y un enemigo numéricamente superior, bien equipado con fusiles automáticos, ametralladoras, artillería y tanques. Desde el puesto de mando podíamos ver el panorama que se desarrollaba delante de nosotros. A través de los árboles podíamos entrever, al otro lado de la carretera, al batallón 6 de Febrero que soportaba un fuerte ataque. Pronto vimos que el batallón retrocedía en sus posiciones ya que desde la zona de árboles antes ocupada por ellos comenzaron a dispararnos con fuego de ametralladora que caía sobre el puesto de mando y sobre la colina cónica. Poco después, esas ametralladoras se acercaron aún más, hasta ocupar un cerro que estaba a la derecha de la colina cónica, a unos quinientos metros de distancia: desde allí tenían a tiro a todo el batallón. Mientras tanto, el ataque frontal sobre la colina cónica, defendida por la 1ª compañía y sobre la de la casa blanca se intensificó y fue acompañado por el fuego de artillería. Nuestra batería de artillería se recalentó y tuvo que retirarse. El furioso combate duró cuatro horas. El fuego corto de las ametralladoras ligeras de los fascistas y el de las armas pesadas que disparaban por encima de sus cabezas fue muy intenso. "Peor que en el Somme", dijeron algunos de los veteranos que habían sobrevivido a aquella batalla. Sobre los soldados caían franjas enteras de vegetación; los que levantaban la cabeza para disparar recibían un tiro en plena cara. En un momento determinado los moros llegaron a estar tan solo a treinta metros de nuestra línea. En las primera horas no recibimos noticias de las compañías en el puesto de mando. Más tarde descubrimos la razón. El enlace que envió la Brigada no encontró nuestro puesto de mando, por lo que fue directamente a la línea de frente y comunicó a los hombres que tenían que "resistir a toda costa". Y ellos aguantaron. En el puesto de mando pensábamos que se estaban produciendo numerosas bajas. Era una impresión engañosa causada por no ver moverse a nuestros hombres, porque se retiraban pocos heridos y porque los oficiales se movían casi despreocupadamente entre aquella lluvia de balas y obuses. La ruta de

comunicación entre el puesto de mando y el frente estaba batida por el fuego de las ametralladoras y muy pocos enlaces lograban cruzarla. A primeras horas de la tarde vino un emisario desde la colina de la casa blanca para pedir refuerzos. Se le dijo que su jefe podía, si lo consideraba necesario, replegar a los hombres a la línea de las crestas, ya que el puesto de mando se iba a situar en una posición más retrasada. Volvió a solicitar una orden escrita afirmando: "No nos moveremos de allí a menos que se nos dé". Se le dio la orden pero, incluso con ella, en la mente de aquellos hombres, que no conocían la palabra derrota, pesaba más la orden de la Brigada de "resistir a toda costa". Algunos habían comenzado a retirarse, pero decidieron retornar al ver que los hombres de la la compañía seguían en sus puestos en la colina cónica. A media tarde nos llegó un mensaje escrito. El enlace se había perdido por entre los árboles al tratar de evitar el fuego cruzado. El comandante lo recibió tres horas más tarde de que lo escribiera Briskey, el jefe de la 3ª compañía. Nos comunicaba que Kit Conway, responsable de la compañía irlandesa, había sido gravemente herido; que Ken Stalker, su sustituto en el mando, había muerto; que Briskey "iba resistiendo bien" con lo que quedaba de las dos compañías pero que necesitaba ayuda. Cuando por fin recibimos el mensaje, Briskey estaba ya muerto. Al atardecer, tras una defensa heroica de cuatro horas, con los proyectiles de los tanques y la artillería contraria machacando el terreno y con las ametralladoras de los moros disparando a quemarropa, los supervivientes del batallón evacuaron la colina. Los hombres que aún estaban vivos comenzaron a replegarse hacia la cresta situada al borde del valle. Disputaron cada palmo de terreno con los cañones del fusil al rojo vivo. De los cuatro capitanes de las compañías, Conway y Briskey habían muerto, Overton estaba fuera de combate y sólo Fry, capitán de la 2ª compañía de ametralladoras quedaba activo. Fry y Fred Copeman, este último con la mano herida, luchaban contra el reloj para poner a punto las ametralladoras. Cuando comenzó a oscurecer, arrastraron las ametralladoras hasta la posición en que había estado el puesto de mando. Tenían sólo una cinta de munición cada uno. La colina cónica y la colina de la casa blanca ya estaban desalojadas. Nuestros hombres se retiraban por la izquierda, al amparo de los olivos. Los moros aparecieron junto a la colina cónica y la rebasaron. Con sus ametralladoras barrían el olivar y trataban de cortarles el paso antes de que alcanzaran la posición convenida. Fue entonces cuando empezaron a rugir nuestras ametralladoras. Durante tres minutos dispararon al unísono. Un batallón completo de moros fue sorprendido a descubierto recibiendo fuego desde un ángulo inesperado para ellos. Su ataque acabó allí mismo, con grandes montones de cadáveres. La mitad pudo ponerse a cubierto ya que no tuvimos tiempo de rellenar más que una cinta de munición para cada ametralladora. Un nuevo grupo de fascistas, esta vez alemanes armados con ametralladoras, apareció sobre la colina de la casa blanca. Los que se estaban retirando sufrieron numerosas bajas. Fry y Copeman, mientras tanto, rellenaban las cintas de munición con el mismo laborioso proceso manual. Volvieron a rugir nuestras ametralladoras y el fuego de los alemanes fue acallado para siempre. Los últimos en llegar fueron los hombres del grupo de Sam Wild. En su retirada trajeron consigo a los heridos. Sam, con cinco balas en un costado, y el joven Brooks, también herido, venían apoyados el uno en el otro. Cuando la noche cayó, se unió a nosotros una compañía de soldados españoles. Sus ametralladoras y las nuestras montaron guardia, punteando la noche con ocasionales puñaladas de roja llama. Por la carretera fuimos recogiendo a algunos de nuestros hombres que se habían perdido entre los olivos y se habían unido a la primera unidad que habían encontrado. Otros fueron retornando en los días siguientes a nuestro batallón. Llegó el camión de víveres y pudimos tomar nuestra primera comida del día desde el café de la mañana. Así terminó el primer día de combate. De los cerca de seiscientos hombres, quedaban menos de doscientos; otros cien fueron apareciendo en los dos días siguientes. El resto o estaban heridos o muertos. Había sido una terrible matanza. ¿Qué habíamos conseguido en compensación? Se habían cometido algunos errores: la falta de ametralladoras durante todo el día, la chapuza de la munición de las ametralladoras, la mala comunicación con la línea de fuego... Y sin embargo, el fracaso que supuso no seguir las reglas que marcan los manuales militares fue nuestra gloria en aquel día. La tenaz persistencia de nuestros hombres que no cedieron ni una pulgada, su aguante ante una potencia de fuego abrumadoramente superior, el valor demostrado en aquellas posiciones insostenibles, su rechazo a admitir que estuvieran vencidos... Estos fueron los elementos que frenaron a los fascistas por vez primera en una campaña que hasta entonces había sido victoriosa por seis días consecutivos.

Todavía nos darían golpes tremendos en los días siguientes. Pero ya no volverían a arrasar como habían hecho antes. Este fue nuestro logro: romperles el impulso de la ofensiva. Los frenamos y los aguantamos.

El segundo día: la trinchera de Fry.

Durante la noche, los hombres que aún quedaban en el batallón descansaron en el camino que estaba a cubierto del fuego enemigo, mientras la compañía de Fry, que estaba relativamente fresca, hicieron la guardia. El comandante se pasó toda la noche intentado contactar con cualquier fuerza amiga situada a nuestra derecha o izquierda. Fue infructuoso. Habíamos oído que la caballería patrullaba a nuestra izquierda. Al día siguiente la Brigada de Líster cubrió aquel sector. A la derecha, entre nosotros y la carretera a San Martín de la Vega, quedaba un gran vacío que nuestras mermadas fuerzas no podían cubrir. En algún lugar a la derecha de esa carretera estaba el batallón franco-belga.

Los españoles que se nos unieron eran jóvenes. Llevaban alpargatas y no tenían mantas. Pasaron hambre con nosotros, se congelaron como nosotros y lucharon junto a nosotros durante los penosos días que siguieron. Manuel Lizarraga, un filipino que hizo de intérprete, fue nuestro vínculo con ellos. Le consideraban su jefe y hacían sin vacilar cuanto les ordenaba.

A la mañana siguiente nos desplegamos a lo largo de la carretera a cubierto. El flanco izquierdo cubría la casa blanca, a la que nuestra artillería bombardeó enseguida hasta reducirla a polvo. El centro, compuesto aquel día por la compañía de ametralladoras de Fry, avanzó un poco hasta la cresta que dominaba la colina cónica, era la única posición desde la que se podía conseguir un buen campo de tiro. El flanco derecho trató de avanzar para proteger las ametralladoras del peligro que venía del vacío existente entre nosotros y los franco-belgas.

La siguiente narración es de Bill Meredith, quien moriría meses después al mando de una compañía en el frente de Brunete. En ella cuenta como, en ese segundo día, nos llegó el desastre desde aquella zona que estaba al descubierto. Él luchaba en la compañía de ametralladoras:

El amanecer nos encontró escrutando el valle con ojos doloridos para detectar cualquier señal de movimiento enemigo. Pronto vimos a una compañía de fascistas que avanzaban sobre nuestro flanco izquierdo. Les apuntamos con nuestros tres Maxims, les dejamos avanzar unos ochocientos metros y, entonces, les dimos fuerte. ¡Nunca he visto a nadie escapar tan deprisa! Fue un éxito completo. Corrían en todas direcciones y ya no se produjo ningún otro avance por aquel lado.

Algo más tarde nuestro flanco derecho avanzó unos doscientos metros por delante de nuestra posición, pero un fuego cerrado de artillería les obligó a retirarse, dejándonos de nuevo a la vanguardia del batallón. El fuego de artillería se intensificó desviándose hacia nuestras posiciones. El bombardeo duró más de una hora y machacó cada piedra del parapeto que nos cubría. Pero no nos causó ni una sola baja.

Un incidente ocurrido durante este bombardeo se me quedó grabado en la memoria. Fry, nuestro jefe de compañía, estaba al mando de la Maxim del centro y yo estaba a su lado. Un proyectil cayó justo delante de nosotros volando el parapeto y nos cubrió de polvo. Un metro más y nos hubiera hecho añicos. Fry dio una larga calada a su pipa, me miró y dijo riéndose: "¿He oído algo?".

Hacia las cuatro y cuarto de la tarde, detectamos el puesto de mando fascista. Fry escribió una nota para nuestro puesto de mando y miró a su alrededor buscando un enlace, pero no vio a nadie. Me miró y yo le dije: "Por supuesto". Cogí el mensaje, me agaché todo lo que pude y corrí como el diablo hacia nuestro puesto de mando. Encontré al comandante del batallón tras una corta búsqueda. El puesto de mando se movía continuamente en los primeros días debido a la

rápida sucesión de los acontecimientos. Se alegró mucho de la información y rápidamente garabateó una respuesta.

Abandoné enseguida el puesto de mando y comencé a recorrer los trescientos metros que me separaban de la compañía. Al salir no noté nada extraño en el puesto de avanzada. Ya había andado un trecho cuando comencé a oír los compases de La Internacional que venían de las trincheras. Según me iba acercando, me quedé extrañado al ver a un número bastante numeroso de fascistas que recorrían el terreno que nos separaba de las filas enemigas. Venían cantando La Internacional y con el puño en alto hacían el saludo antifascista. Nuestros hombres saludaron también con el puño en alto, dándoles la bienvenida. Ni por un instante dudé que se trataba de una deserción en masa en las filas fascistas. Parece que fue "Yank" Levy el primero en darse cuenta de la trampa, pero para entonces ya había enjambres de soldados fascistas en las trincheras. "¡Por Dios! ¡Lárgate!", me chilló Yank. Frené en seco y se me quedó grabada la escena que hoy, dos meses más tarde, recuerdo tan vívidamente como si hubiera sucedido hace dos minutos.

La canción no dejaba de sonar mientras más y más fascistas saltaban dentro de las trincheras. La mayoría de nuestros muchachos seguía haciendo el saludo del "Frente Popular". Fry y su segundo en el mando, Dickenson, estaban de pie, el uno junto al otro. Aunque apenas podía ver a Fry, recuerdo perfectamente sus ropas y su actitud. Llevaba un abrigo y botas altas, con el bigote recortado, las piernas separadas y la espalda tan tiesa como un poste. Tenía toda la pinta de un soldado a pesar de estar rodeado de fascistas. Les miraba con una expresión de desprecio en su rostro que dejaba a las claras que su captura no iba a hacerle perder ni su calma ni su valor. Fry y Dickenson, jefe y lugarteniente de la 2ª compañía, eran dos de los mejores mandos bajo los que podíamos combatir.

Esta imagen mental, a pesar del tiempo que me lleva describirla, se me quedó grabada en una fracción de segundo porque, nada más detener mi marcha, un soldado fascista cogió su fusil, se lo puso al hombro y me disparó. Pude ver el humo saliendo del cañón, pero no sé a donde fue a parar la bala. Según me daba la vuelta vi como dos fascistas comenzaban a golpear a "Yank".

Con los fascistas disparando a mi espalda y el batallón devolviéndoles los disparos, el aire se espesó con olor a plomo. No confiaba en volver sano y salvo. Me angustiaba pensar que los disparos que venían de mi espalda podían alcanzarme en cualquier momento, al tiempo que temía que uno de mis compañeros pudiera darme a mí en lugar de acertar en su objetivo. Conseguí recorrer ileso los cerca de doscientos setenta y cinco metros y me dejé caer a los pies del comandante del batallón, el camarada Wintringham. Este se levantó para ver lo que estaba pasando e inmediatamente recibió un disparo en el muslo. Poco después, nuestros chicos hicieron una carga a bayoneta calada para rescatar a nuestros compañeros de una trampa tan asquerosa. Cargaron cuarenta hombres. Sus caras serias mostraban su determinación de reconquistar la trinchera o morir en el intento. Pero los fascistas ya habían girado nuestras ametralladoras Maxim en dirección nuestra y de los cuarenta que salieron solo volvieron seis.

Tercer día: el ataque de los tanques. Escrito por O. R.

Después de la captura de Fry y sus hombres se produjo un caos enorme. Wintringham, herido, fue retirado tan rápidamente que muchos compañeros lo creyeron muerto. La organización de las compañías aquel día fue escasa. André Diamint había reunido a los restos de la 1ª compañía. Fry y los cuarenta hombres de la 2ª habían sido muertos o capturados. Lo que quedaba de la 3ª y la 4ª luchaban como un solo hombre.

George Aitken, el comisario del batallón, se hizo cargo de la situación. Pidió doce voluntarios que se presentaron pronto. Con ellos formó una especie de patrulla que se dirigió a la derecha, a la

carretera de San Martín de la Vega. Poco después, Jock Cunningham, que acababa de escaparse del hospital donde había estado cinco días, tomó el mando. La carretera a cubierto del fuego enemigo se había convertido en nuestra línea de frente. Aquella noche estuvo llena de alarmas: bengalas iluminando la noche y continuos ataques de fuego a discreción por ambos lados. Cuando amaneció todavía manteníamos nuestras posiciones en la carretera. No teníamos comida. La noche anterior nos habían subido la cena, pero la mayoría de los compañeros no había podido acercarse al camión de avituallamiento. Para muchos era el tercer día sin probar bocado.

Poco después del amanecer, Lizarraga y yo fuimos a recoger a los que se habían quedado rezagados en el olivar. Encontramos algunos y los llevamos al puesto de mando de la Brigada para dar el informe. Allí encontramos al Jefe de Estado Mayor, el comandante Nathan, tan alegre como siempre. Me explicó someramente la situación del frente. Me señaló a los franco-belgas que estaban a nuestra derecha y a la brigada Líster a nuestra izquierda. Le expliqué los dos espacios sin cubrir que presentaba nuestra línea de frente y él se sonrió. "Vuelve a tu puesto y manteneos firmes", me dijo. A la una en punto nuestros tanques avanzarán a través de esos huecos, a vuestra izquierda y vuestra derecha. Mientras tanto, apretad los dientes y esperad instrucciones".

Me encontré con Copeman, que se había vuelto a escapar del hospital, pero Springie le mantenía en el puesto de mando de la Brigada en espera de poder enviarle de vuelta al hospital en una ambulancia. Más tarde me enteraría de que consiguió subirse a un tanque que atravesaba por el sector franco-belga para intentar cargarse los puestos de ametralladoras fascistas. Él creyó que volvía al sector británico, pero se encontró realizando él solo la labor de limpiar de fascistas los nidos de ametralladoras. Volvió a salvo, pero ¡con dos agujeros más de bala! Esta vez se le envió a un hospital del que ya no pudo escaparse.

Cuando Manuel y yo volvíamos a través del olivar, una ráfaga de ametralladora barrió el suelo a nuestros pies. Estábamos todavía a unos quinientos metros de nuestra posición en la carretera y los disparos venían de nuestra derecha. Esto quería decir que los compañeros franco-belgas habían sido rechazados mucho más atrás de lo que habíamos calculado. Nada más llegar a nuestra línea, comuniqué el mensaje de Nathan a Jock Cunningham y éste dispuso las líneas en ángulo recto para poder hacer frente a la nueva amenaza que se nos presentaba en el flanco. El calor era cada vez más abrasador y no teníamos ni agua ni alimento, salvo lo poco que Nathan había podido conseguido para nosotros y el agua que traíamos en nuestras cantimploras. Se enviaron algunos hombres a por más, pero no volvimos a saber de ellos. Los servidores de la ametralladora iban de un lado para otro pidiendo orina a los hombres para refrigerar las Maxims.

Hacia la una del mediodía oí llegar a los tanques por nuestra izquierda. Me asomé a aquella dirección para verles llegar. De pronto pensé los de atrás no los había oído llegar, al tiempo, que un proyectil de tanque estallaba a pocos metros de allí. Un tanque enorme, mayor que cualquiera de los nuestros, seguido de muchos moros se acercaba amenazante. Su fuego se cebó en la compañía de españoles que estaba a la izquierda. Al mismo tiempo un estruendo proveniente del flanco derecho se hizo aterrador. Nada parecía poder sobrevivir en medio de aquel fuego. Los españoles se defendieron durante unos diez minutos, hasta que los tanques los enfilaron desde la carretera. Por aquel entonces no disponíamos de lanzagranadas ni de ningún cañón antitanque. El flanco izquierdo se rompió y el pánico cundió por todo el frente. La matanza fue terrible. Vi cómo de cinco hombres que iban corriendo en paralelo, cuatro caían desplomados.

Cuando todo acabó oí el relato de un compañero al que todo el mundo conocía por su apodo de "el galés". En su sector se desató un ataque frontal. Él se levantó y avanzó solo contra los fascistas. Aunque el aire estaba cargado de plomo, consiguió, con la bayoneta calada, llegar muy cerca de las posiciones fascistas antes de caer. Ball y Bibby se negaron a retirarse antes de dejar que su Maxím se fundiera al rojo vivo. Ball se salvó. Bibby recibió un disparo que le atravesó la cabeza. Aquí y allá, pequeños grupos retrocedían para poder contener el avance fascista. Cinco o seis veces, un puñado de hombres de la 1ª compañía bajo el mando de André Diamint

contuvieron a los moros. Al final, también ellos tuvieron que abandonar la desigual batalla, pero no antes de evacuar a sus heridos. Fue una terrible derrota. La ofensiva fascista que mantuvimos a raya durante tres días estaba a punto de conseguir la victoria.

El reagrupamiento de la XV brigada tras la crisis de combate del 14 de febrero. Por Frank Ryan (17)

La carretera de Chinchón a Madrid, la misma por la que tres días antes habíamos marchado al combate, estaba ahora salpicada con los supervivientes, unos pocos centenares de ingleses, irlandeses y españoles. Desalentados por las grandes bajas, por la derrota, por la falta de comida, exhaustos tras tres días de agotadores combates, nuestros hombres parecían haber alcanzado el límite de la resistencia. Se alejaban dificultosamente de lo que, una hora antes, había sido la línea de frente. Ahora no había línea: entre la carretera de Madrid y los fascistas no había más que grupos desorganizados de soldados agotados y destruidos por la guerra. Después de tres días de terribles combates, el mejor armamento y el mayor número de soldados fascistas los habían derrotado.

Todos relataban historias parecidas en su retirada: camaradas muertos..., una fatiga casi imposible de resistir. Reconocí al joven comisario político de la compañía española: tenía una mano ensangrentada, pues una bala le había alcanzado en la palma. Agitaba su fusil automático nerviosamente amenazando a ratos a sus hombres para, poco después, rogarles que siguieran sus consejos. Le dije a Manuel que lo calmara que le dijera que en poco tiempo lograríamos reagrupar a todo el mundo. Mientras iba por la carretera calculando los hombres que nos quedaban ya me había decidido a marchar hacia la carretera de San Martín de la Vega y atacar a los moros por su flanco izquierdo.

Los hombres yacían cerca de la carretera en grupos dispersos, comiendo con ansiedad algunas naranjas que les había arrojado un camión. No había tiempo para reagruparlos en unidades. Con satisfacción descubrí que algunos se habían traído los fusiles de los caídos. Mis ojos se iban hacia las colinas que acabábamos de abandonar. Me colgué un fusil al hombro. Casi de inmediato se pusieron de pie. No había tiempo para formarlos según las reglas del cuartel. De a cuatro en fondo. " Vayan poniéndose detrás". Unos cuantos estaban todavía en la cuneta al lado de la carretera colocándose cascos y ajustándose los fusiles. "Deprisa", gritaban los soldados que ya estaban en filas.

Subiendo por la carretera en dirección a la "Cookhouse" vi a Jock Cunningham reagrupando a otros hombres. Aceleramos el paso y nos juntamos a ellos, él y yo íbamos en cabeza. Digan lo que digan los escritores, aquellos británicos e irlandeses no respondían al estereotipo vulgar. La gente marchaba silenciosa detrás de nosotros... Entonces recordé el truco de aquellos días de Dublín en que hacíamos manifestaciones ilegales. Volví mi cabeza hacia atrás y grité: "Canten algo, hijos del cañón". Vacilando al principio, después con más vigor y finalmente con entusiasmo la canción brotó de las filas. Lo que había un momento era una chusma derrotada, marchó de nuevo a la batalla con la gallardía del primer día mientras en el valle resonaban los ecos de su canción:

Agrupémonos todos
En la lucha final;
El género humano
Con la Internacional

Y seguimos marchando por la carretera cada vez mas cerca del frente. Los rezagados que aún estaban por las colinas se detenían para mirar con asombro, cambiaban la dirección de su marcha y corrían para unirse a nosotros; hombres que yacían exhaustos junto a la carretera se ponían en pie de un salto, nos saludaban y se unían a las filas. Miré hacia atrás. Bajo el bosque

de puños levantados, qué banda tan rara marchaba: sin afeitar, ensangrentada, desgredada, torva. Pero llena de espíritu de lucha y marchando por la carretera hacia el frente.

Junto a la carretera estaba el Jefe de nuestra Brigada, el general Gal. Nosotros habíamos abandonado; él se habían mantenido. ¿Fue eso o fue el miedo a sus reprimendas lo que nos hizo aclamarle por tres veces? Nos habló de forma breve y concisa. Teníamos una hora y media de luz para reconquistar nuestras posiciones perdidas "¿La brecha a nuestra derecha?" Un batallón español estaba en camino para cubrirla. De nuevo se escuchó La Internacional. Alguien la cantaba también en francés. Nuestra columna había aumentado de tamaño al detenernos; un grupo franco-belga se había unido a nosotros. Nos cruzamos con el batallón español. Se contagiaron también; cantaban mientras se desplegaban a la derecha nuestra...

Nos desplegamos a la izquierda cuando los olivos comenzaron a aparecer ante nosotros. Por fin estamos en la loma que nunca más abandonaremos. Las balas silban en el aire... Gritos, alaridos. Pero por encima de todo la canción interminable. Pegados a la tierra disparamos contra los árboles; no hay ni secciones ni compañías. Pero unos cuantos saltan hacia adelante y su ejemplo es seguido con demasiada premura porque a veces impiden que sigamos disparando. En plena batalla nos organizamos un poco en secciones. El problema del español se resolvió enseguida. "Manuel ¿cómo se dice en español forward?" "¡Adelante!", grita Manuel mientras los españoles avanzan...

Un corpulento teniente francés se nos acerca corriendo para pedirnos granadas. No tenemos ninguna. Agitando un fusil automático ridículamente pequeño avanza gritando: "¡En avant!". Frente a nosotros aparecen unos conos pequeños de fuego azul y rojo. Ahora sabemos dónde están los ametralladores alemanes y marroquíes. ¡Ah si tuviéramos granadas! Mientras nos pegamos a la tierra, unos a otros nos pedimos dirigir el fuego contra esos conos. Arrastrándonos sobre el vientre seguimos avanzando, pulgada a pulgada. La oscuridad nos cae encima como una manta. Avanzar, siempre avanzar. Mientras me deslizo hacia adelante, de repente me doy cuenta con alegría salvaje de que somos nosotros los que avanzamos y ellos los que retroceden. Luego, con verdadero disgusto, me digo: "Esos bastardos no esperarán a que lleguen nuestras bayonetas". (18)

Algunos héroes británicos.

Los primeros días de la batalla del Jarama se cobró un alto precio en el Batallón Británico, y especialmente entre sus mandos. En el primer día, el batallón perdió las dos terceras partes de sus jefes y al día siguiente perdió prácticamente el resto. Afortunadamente, de las filas surgieron hombres con capacidad de mando que ocuparon las vacantes, y aunque no fueran tan competentes -porque muchas de las pérdidas eran irreparables- al menos cumplieron su función satisfactoriamente. Desgraciadamente, debido a la confusión de los primeros días de intensa lucha, no se conservan datos de estos hombres que con su sacrificio devolvieron el honor a la clase trabajadora británica, engañada y traicionada por muchos de sus falsos líderes.

El capitán de compañía Briskey fue uno de los muchos líderes de la clase trabajadora que fueron competentes y modestos. Bajo su guía, su compañía mantuvo una posición insostenible todo el día 12 de febrero. Murió como siempre quiso hacerlo, en acción y junto a sus hombres. Ken Stalker asumió el mando de una compañía en lo más duro de la batalla y, no accediendo a retirarse, murió en su puesto. Clem Beckett, célebre por conducir la moto por caminos de cabras, fue uno de los miembros de aquel grupo que resistió durante horas el ataque de fuerzas muy superiores. Él y Christopher St. John Sprisgg, famoso escritor, murieron el uno junto al otro. El camarada Mc Ewen, de Liverpool, alma y cuerpo de todas las reuniones festivas que se celebraban en el campamento, fue igualmente brillante y alegre en la batalla. También él dio su vida intentando frenar a los fascistas. En aquellos primeros días también cayeron Jim Walsh, de Birkenhead, Leonard Bibby, de Liverpool, y Clifford Lawther, de Durham. George Bright murió cuando traía la munición que tanto necesitábamos el primer día.

Destacó entre los compañeros británicos Ralph Campeau, el comisario político de la 1ª compañía, cuya capacidad organizadora y camaradería le convirtió en un líder aceptado por los hombres. El 12 de febrero, en medio del fragor de la batalla, se le podía oír cantando "Young Guardsman" cuando quería reunirlos y calmarlos. Gravemente herido por fuego de ametralladora, murió varios días más tarde. El camarada Davidovitch, de Londres, jefe de la sección de primeros auxilios, se comportó como un héroe durante ese terrible 12 de febrero. Moviéndose continuamente arriba y abajo, por las pendientes destrozadas por las bombas y barridas por las balas, él y sus hombres trasladaron a los heridos primero en camillas y, cuando éstas se acabaron, en mantas. Escapó de la muerte cientos de veces hasta que el último día por la tarde, cuando acudía a ayudar a un hombre herido, cayó él también herido fatalmente. Tendido en el suelo, dijo a los que fueron a socorrerle que le dejaran, porque él ya no tenía remedio, y que atendieran a aquellos a los que aún se podía salvar la vida.

Bill Meredith y Charley Goodfellow, que más tarde morirían en otra batalla, Jock Cunningham, Fred Copeman y André Diamint fueron de aquellos que habiendo sido heridos en los primeros días volvieron para dirigir al batallón durante la larga campaña en el frente del Jarama. Tuvieron el asesoramiento y la ayuda de los comisarios Dave Springhall - que sería herido más tarde - y Peter Kerrigan, dos líderes de la clase trabajadora que tuvieron mucho que ver con la organización y buen funcionamiento del batallón británico de la Brigadas Internacionales.

Luchadores irlandeses por la libertad.

La muerte de Kit Conway y la pérdida de otros destacados camaradas fue un duro golpe para la unidad irlandesa. Entre los compañeros dirigentes que dieron su vida en el Jarama durante los primeros días estaba el Reverendo R. M. Hilliard, el "clérigo boxeador" de Killarney. Él fue el único superviviente de un grupo de cuatro que mantuvieron a los fascistas durante la retirada que se produjo en el día 14 de febrero. Murió en el hospital cuatro días más tarde. El jefe de sección Leo Green de Dublin y Maurice Quinlan de Waterford dieron ambos su vida cuando trataban de salvar a un camarada herido. Richard O'Neill del Partido Laborista de Irlanda del Norte sobrevivió los peores días de combate para caer víctima de una bala perdida cuando estaba tras las líneas. Entre los heridos estaban Peter Daly, que luchó como soldado en el frente del Jarama pero que más tarde llegaría a ser comandante de batallón; moriría dirigiendo una operación en el frente de Aragón. Jimmy Prendergast, que sucedería a Dony O'Really - también herido - en el puesto de comisario. John Goff, jefe de sección; Terry Flanagan, joven dirigente del I.R.A., herido el primer día que entró en combate y, por fin, Frank Ryan, el jefe de la unidad irlandesa.

La muerte de Kit Conway Por James Prendergast

12 de Febrero, mediodía. Acabábamos de atravesar a paso rápido el cuello de botella de un valle y comenzábamos a desplegarlos. Me habían encargado que localizara un puente, nuestro objetivo. Justamente entonces nos vimos bajo el fuego directo enemigo. Los hombres se apresuraron a ponerse a cubierto entre la maleza pero, una vez tumbados, nos dimos cuenta de que no teníamos visión al frente. Durante un tiempo tuvimos que disparar poniéndonos de pie. De pronto, Peter Daly gritó que estaban avanzando a nuestra izquierda. Me giré y concentramos el fuego sobre ellos a una distancia de unas quinientas yardas.

Pero el fuego fascista, procedente ahora del frente y los flancos, era ahora muy intenso. Por todos lados caía gente. El que estaba a mi lado también cayó. Alguien gritó llamando a los camilleros. Goff se desplomó con la mano en su cabeza. Su cara estaba lívida. Se libró por los pelos; tenía el casco abollado. Kit estaba en todas partes a la vez, dirigiendo el fuego, animándonos a todos.

El fuego era ahora tan intenso que nadie estaba seguro lo que podía pasar. Ya no volvimos a sentir miedo; no servía de nada estar asustados. Un español, que no se como se había juntado a nosotros, se puso a mi lado. El arbusto que acababa de abandonar estaba pelado por una ráfaga de balas. Me miro y se rió. Nos movimos hacia la derecha, hacia un terreno más elevado para conseguir un mejor campo de tiro.

Tomamos nuevas posiciones. Vi a Paddy Duff retrocediendo; le habían dado en una pierna. A nuestra izquierda explotaban proyectiles, ¡Dios bendito! ¡Si caen sobre este terreno desnudo estamos acabados! Aviones en vuelo rasante vienen rechinando hacia nosotros. Ahora si que va esto en serio. Pasan sobre nosotros y de repente están de vuelta con nuestros cazas a sus colas. Gritamos unos vivos apagados.

Si ahora abandonamos esta posición, los fascistas romperán el frente y llegarán a la carretera. Así pues, aquí tenemos que quedarnos, aunque el fuego fascista, literalmente, se está comiendo la cima de la colina. Hombres de tres compañías están ahora aquí sobre la colina. Las cosas están un poco embarulladas. Kit se hace cargo del mando. Según subo por la colina, Jack Taylor, un Cockney gigante con quien pasé una noche inolvidable en Figueras, está vendando a un camarada herido. "¿Muy grave?". "Inconsciente. Saldrá de esta, supongo". Veo sangre en el trasero de los pantalones de Jack. Dice que la bala sólo le ha herido la carne, y que no va abandonar.

Ocupo una nueva posición de tiro. Enseguida mi rifle está quemando. Kit se acerca. Veo su cara con regueros de sudor que surcan el polvo. Me pasa una nota. Es del puesto de mando de la Brigada diciéndonos que debemos mantenernos a toda costa. Me dice que transmita estas instrucciones a la sección de nuestro flanco izquierdo, miro por los prismáticos antes de avanzar. Los moros se acercan reptando por la izquierda. ¿Dónde están nuestras ametralladoras?

Me apresuro hacia el ala izquierda, entrego el mensaje. Me dicen que el resto de los hombres está alrededor de la Casa Blanca. Me voy para la casa, y por el camino parece como si mil abejas me zumbaran en la cara. Así es como averiguan el peso de un hombre en plomo antes de matarlo. Llego al patio y grito. No hay respuesta. Ni un ruido desde el interior. Paso por una pared baja y entro. Ahí están, todos muertos. Tiemblo cuando me retiro. Me vuelvo más imprudente. Ya no tengo miedo. ¿Por qué? No lo sé. Alguien me llama por mi nombre. Es Pat Smith. Hilos de sangre corren por su cabeza y brazo. Tom Jones de Wexford está allí. Buen hombre este Tom. Siempre vendando al hombre que cae. Un héroe. Me dice que Goff y Daly han caído. Me acerco a la cima de la colina donde Kit dirige el fuego. El también dispara con un fusil y de vez en cuando hace un alto para dar instrucciones. De pronto grita, su fusil salta dando vueltas y cae de espaldas.

Le colocamos sobre una manta. Ya no quedan camillas. Su voz se rompe con agonía. "Muchachos, haced todo lo que podáis, ¡no os rindáis!" Lágrimas humedecen nuestros ojos. Muchos son de otras compañías. Pero todos recuerdan al "Kit" de Córdoba y Madrid. Su valiente liderazgo, entonces y ahora, se ganó la admiración de todos. Kit es retirado. Miro a Ken Stalker. Es el único hombre con experiencia que queda. Corro hacia él y asume el mando.

Veo a los tanques fascistas rodando por la carretera que está a nuestra derecha. Los moros nos están barriendo en el frente y en las alas. Ahora no vamos a rendimos. Corro hacia un puesto de tiro. De repente, me veo volando por los aires. Algo tremendo me ha golpeado en el costado. No puedo respirar. Alguien me está vendando... En la Ambulancia, encuentro a Kit. Sufre una terrible agonía y casi no puede hablar. "¿Cómo está el resto?" repite constantemente. A la mañana siguiente me dicen que nuestro gran jefe ha muerto.

5. EL BATALLÓN LINCOLN CONTRAATACA.

Durante varios días la XV BI se había enfrentado en el sector de Morata a una fuerza inmensamente superior y mejor equipada. En la noche del 16 de febrero se difundió un mensaje: "¡Vienen los yanquis!" Las exhaustas fuerzas republicanas recibieron un fuerte estímulo para realizar posteriores esfuerzos.

Los Lincoln no habían completado su entrenamiento. Muchos no habían disparado ningún tiro. Eran unos 400 hombres dirigidos por Bob Merriman, un profesor de Economía en la Universidad de Nevada. Llegaron a Morata en la noche del 16 y se les ordenó tomar posiciones de segunda línea en una colina pelada junto al cruce de las carreteras de San Martín, Morata y Puente de Arganda. Allí tuvieron que soportar durante cinco días las bombas de la aviación y de la artillería. La bautizaron también como la "colina del suicidio", la del batallón Lincoln. Allí cavaron unas trincheras circulares que aún puede verse, y enseñaron a los soldados españoles a apreciar el valor de las mismas.

El 21 de febrero fueron trasladados a posiciones cercanas a la primera línea entre el batallón 17, español y el Dimitrov. El 23 de febrero entraron en acción.

El primer ataque. Por Paul Burns

El ataque comenzó ya avanzada la tarde y se prolongó en la noche de aquel 23 de febrero. Avanzamos por un campo lleno de olivos y viñas que nos daban una pequeña protección. Nuestros camaradas cavaron abrigos y abrieron fuego sobre los fascistas. En uno de los intervalos, miré a mi alrededor y vi a mi izquierda a Charlie Donnelly. Más lejos a la sección cubana. A unos metros de distancia, en una concavidad del terreno, vi al capitán John Scott con los tres hermanos O'Flaherty, de Boston, que se distinguieron por sus actos heroicos. Donnelly se me acercó bajo los olivos. Disparábamos hasta que los fusiles nos quemaban las manos, sin decir ni una palabra, aparte de algún ocasional: "vamos, Charlie, ¿cómo va eso?: Y la respuesta: "Bien, bien. ¿Y los otros? ¿Cómo les va a ellos?"

La infantería continuó su avance. Las balas explosivas rompían el aire y las ametralladoras barrían el terreno. Tras un grupo de árboles, los fascistas aumentaban su fuego. El capitán Scott se alzó; apenas tuvo tiempo de gritar - "¡Seguid avanzando!" - cuando tres balas le penetraron en el cuerpo. Mac Donald y Wheeler, los enlaces, estaban heridos. Eddie O'Flaherty, el otro enlace, atravesó el campo para llamar al jefe de la sección irlandesa, Bill Henry. Éste tomó el mando. El capitán Scott fue instalado sobre una camilla. Seis hombres la llevamos.

Una ráfaga de ametralladora partió de las líneas fascistas. Cuatro hombres cayeron, entre ellos Joe Mendelowitz, alcanzado en el ojo izquierdo; los demás, muertos o heridos, eran desconocidos para mí y para Gómez, los dos únicos supervivientes. Llevamos a nuestro camarada gravemente herido hasta cien metros del puesto de socorro, donde otros dos camaradas nos ayudaron. En ese puesto de socorro había otros muchos camaradas heridos. Gómez volvió al campo de batalla donde fue también herido.

El primer ataque Por Paul Burns

El ataque comenzó ya avanzada la tarde y se prolongó en la noche de aquel 23 de febrero. Avanzamos por un campo lleno de olivos y viñas que nos daban una pequeña protección. Nuestros camaradas cavaron abrigos y abrieron fuego sobre los fascistas. En uno de los intervalos, miré a mi alrededor y vi a mi izquierda a Charlie Donnelly. Más lejos a la sección cubana. A unos metros de distancia, en una concavidad del terreno, vi al capitán John Scott con los tres hermanos O'Flaherty, de Boston, que se distinguieron por sus actos heroicos. Donnelly se me acercó bajo los olivos. Disparábamos hasta que los fusiles nos quemaban las manos, sin decir

ni una palabra, aparte de algún ocasional: "Vamos, Charlie, ¿cómo va eso?: Y la respuesta: "Bien, bien. ¿Y los otros? ¿Cómo les va a ellos?"

La infantería continuó su avance. Las balas explosivas rompían el aire y las ametralladoras barrían el terreno. Tras un grupo de árboles, los fascistas aumentaban su fuego. El capitán Scott se alzó; apenas tuvo tiempo de gritar "¡Seguid avanzando!" cuando tres balas le penetraron en el cuerpo. Mac Donald y Wheeler, los enlaces, estaban heridos. Eddie O'Flaherty, el otro enlace, atravesó el campo para llamar al jefe de la sección irlandesa, Bill Henry. Éste tomó el mando. El capitán Scott fue instalado sobre una camilla. Seis hombres la llevamos. Una ráfaga de ametralladora partió de las líneas fascistas. Cuatro hombres cayeron, entre ellos Joe Mendelowitz, alcanzado en el ojo izquierdo; los demás, muertos o heridos, eran desconocidos para mí y para Gómez, los dos únicos supervivientes. Llevamos a nuestro camarada gravemente herido hasta cien metros del puesto de socorro, donde otros dos camaradas nos ayudaron. En ese puesto de socorro había otros muchos camaradas heridos. Gómez volvió al campo de batalla, donde fue también herido.

El segundo ataque Por John Tisa

Recibimos nuevos refuerzos: 66 americanos con los cuales nos aprestamos a realizar otro ataque contra los fascistas. Éstos no concedían ninguna tregua: toda la mañana se había producido un intenso fuego de fusiles y ametralladoras. Al mediodía nos llegó la orden de ataque: había que tomar la colina del Pingarrón. El sol calentaba ya. Los grupos saltaron hacia las trincheras fascistas que estaban a unos 250 metros. Algunos grupos lograron saltar con escasas bajas. Las ametralladoras enemigas iniciaron su feo trabajo. Sus balas repiqueteaban toda la línea de sacos terreros de nuestras trincheras. El fuego cruzado de muchas ametralladoras hacían imposible el avance bajo aquella lluvia de metal. Pero los grupos seguían saltando de nuestras trincheras. Las llamadas a los sanitarios comenzaron a hacerse insistentes. Muchos quedaban heridos al salir del parapeto. Robert Merriman, fue herido en su hombro derecho al iniciar la carga. Había muchas bajas. Se dio la orden de retirada.

Charles Donnelly, revolucionario irlandés Por Paul Burns

Una gran mente se apagó cuando Charles Donnelly cayó a pocos metros de las trincheras fascistas el 27 de febrero de 1937. A los veintiséis años había dejado su trabajo en la universidad para dedicarse a la lucha de clases. Desempeñó un papel importante en el movimiento por la unidad de Irlanda, y fue encarcelado por participar en huelgas. Un poeta revolucionario con futuro y un buen universitario que dejó sin terminar una biografía de James Connolly para prestar sus servicios al pueblo español. Su muerte es un desafío para aquellos intelectuales que todavía intentan vanamente escapar de la realidad de un mundo que todavía no ha conquistado su libertad.

Con él murieron en el Jarama intelectuales y obreros cuya pérdida se siente hondamente en Irlanda: Eamon McGrotty, licenciado universitario; William Henry, socialista de Belfast; Liam Tumilson, comunista de Belfast; Hugh Bonar, veterano del I.R.A. de Tírionnail, Jim Foley; T.T. O'Brien; Michael Russell, de Clare; Bert Mc Elroy, de Louth y muchos otros que se dieron cuenta que la lucha contra el fascismo en España es una extensión de la lucha irlandesa contra el imperialismo y por la libertad. Charles Donnelly y sus compañeros del batallón irlandés representaron, y nos revelaron, a la Irlanda real, y en su lucha mantuvieron las orgullosas tradiciones de este pueblo luchador.

La canción "The Valley of Jarama" (Con la música de "Red River Valley")

"Nunca te sentirás contento con desconocidos,
No te entenderán como nosotros a ti,
Así que recuerda el Valle del Jarama
Y los ancianos que esperan pacientemente".



(1) Franco hizo construir un monumento "a lo grande" en el cerro donde se estrelló la avioneta, en la localidad burgalesa de Alcocero "de Mola". Fue construido con los prisioneros políticos.

(2) Este desvío fue criticado por muchos de sus colaboradores directos, algunos de los cuales fueron apartados del mando directo, como fue el caso del coronel Yagüe. Cuando el jefe de la aviación, el general Kindelán, expuso a Franco sus reticencias - "¿Sabe que Toledo puede costar Madrid?" - éste le respondió : "Yo espero que un retraso de ocho días no se traduzca en las consecuencias que Vd. pronostica". El retraso fue de un mes y el pronóstico acertado fue el de Kindelán.

(3) Es la "batalla de la niebla", a la que aluden tanto los historiadores franquistas.

(4) El "apaciguamiento" significó debilidad y concesiones, lo que dio alas a las agresiones fascistas en Abisinia, China, Austria Checoslovaquia, Albania y Polonia.

(5) Informe alemán existente en el Archivo "Documents on German Foreign Policy" de Londres.

(6) En Aragón y Cataluña las reticencias de los anarquistas hicieron más lento ese ritmo.

(7) J. M. Martínez Bande. La lucha en torno a Madrid p. 101.

(8) J Modesto. Soy del 5º Regimiento, p 131

(9) En los meses siguientes el Parador se convirtió en la famosa "Cookhouse", la cocina del batallón y almacén de aprovisionamiento de pertrechos.

(10) "English Captain". Londres, 1939.

(11) Se trata de la famosa "Cookhouse", situada en el Parador del Frascuelo, a un kilómetro del cruce de las carreteras de Morata y Chinchón.

(12) Este texto está tomado de "Las Brigadas Internacionales" de Jacques Delperrie de Bayac. Edic. Júcar. Madrid, 1982.

(13) Este veterano había terminado la Primera Guerra Mundial con el grado de teniente.

(14) The Book of the XVth brigade.

(15) En "Arrêt sur images". Oloron Sainte Marie, 1908-1945".

(16) Joven rumano que cursa estudios en París. Ha sido responsable de la compañía de ametralladoras hasta que asume la responsabilidad de dirigir el batallón.

(17) Tomado de "Britons in Spain", de Bill Rust.

(18) Rust: Britons in Spain, p. 51-54

(19) Se refiere al breve permiso que pasaron en Alcalá de Henares a comienzos de mayo.

(20) En otras versiones se sustituye por batallón Lincoln, o batallón Dimitrov